



PAIDEIA

OLIMPIADA FILOSÓFICA

• 3 •

XV Olimpiada Filosófica de Madrid

ISSN: 3020-5433



Año 2025

PAIDEIA

OLIMPIADA FILOSÓFICA



XV OLIMPIADA FILOSÓFICA DE MADRID

Los cuidados

Revista *Paideia Olimpiada Filosófica*.

XV Olimpiada Filosófica de Madrid, núm. 3, año 2025

Responsable de edición: Sociedad Española del Profesorado y Plataforma de Filosofía (Sepfi), Madrid

En colaboración con: Comisión Organizadora de la Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid

Dirección de la revista: Eduardo Guerrero y Elena del Castillo

Maquetación y edición: Alicia Méndez

Responsable página web: Francisco Rosa Novalbos

Página web de la revista: <https://sepfi.es/category/paideias/>

Página web de la Olimpiada Filosófica de Madrid: <https://olimpiadafilosoficamadrid.es>

Depósito legal: M-20432-1981

ISSN: 3020-5433

Ejemplar publicado exclusivamente en formato digital

Sede de la Sepfi: Decanato de la Facultad de filosofía de la Universidad Complutense de Madrid

C.I.F: G-78/284361 • Reg. Nacional nº 37.762 • Reg. Provincial nº 4.134

COMISIÓN ORGANIZADORA DE LA OLIMPIADA FILOSÓFICA DE LA COMUNIDAD DE MADRID :

Coordinadora: Rosa Muñoz

Coordinador de la Categoría de Disertaciones: José Luis «Pilu» Gil Bueno

Coordinador de la Categoría de Dilemas Morales: Luis Iraola

Coordinadora de la Categoría de Fotografía: Beatriz Nozal

Coordinadora de la Categoría de Vídeos: Nuria García Iglesias

Coordinadoras de la Categoría de Cartel: Sara Gil Sáenz

Coordinadora con la OFE: Cruz Antón Jiménez

Coordinadores para la organización del debate: Esperanza Rodríguez y Eduardo Guerrero

Página web: Cruz Antón Jiménez y Luis Iraola

Edición y publicación de trabajos finalistas: Eduardo Guerrero y Elena del Castillo

Recopilación de materiales: Esther C. García Tejedor

Certificados: Aurora Amaro

XV OLIMPIADA FILOSÓFICA DE MADRID

Los cuidados

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	7
Nuria García Iglesias.....	7
CATEGORÍA DE CARTEL	9
PRIMER PREMIO: Melanie Reyes Florian · <i>IES Isabel la Católica</i>	9
SEGUNDO PREMIO: Daniela Valdeolivas Gascuña · <i>IES Isabel la Católica</i>	11
TERCER PREMIO: Nerea Gutiérrez Llorente · <i>IES Sevilla la Nueva</i>	13
CATEGORÍA DE DISERTACIÓN	15
PRIMER PREMIO: María Algora Valverde · <i>Colegio Cardenal Spínola</i>	16
SEGUNDO PREMIO: Carlos Berganza Carrasco · <i>IES Ramiro de Maeztu</i>	20
TERCER PREMIO: Cristina Amati Valle · <i>IES El Burgo de las Rozas</i>	23
FINALISTAS	
David del Apio Moya · <i>Colegio Arturo Soria</i>	26
Ángela González García · <i>IES Jorge Guillén</i>	28
Elena Barrendero Sánchez · <i>Profesor Ángel Ysern</i>	31

Iria Conde Martínez · <i>IES Príncipe Felipe</i>	34
Rebeca Abril Santos · <i>IES Villa de Valdemoro</i>	38
Martina Muñoz Valencia · <i>IES Calatalifa</i>	40
Irene Muntenita Ceacea · <i>IES Santiago Rusiñol</i>	42
Cristina Martínez de la Casa Matilla · <i>Kensington School</i>	44
Miranda Jiménez Galisteo · <i>IES Isabel la Católica</i>	47
Iria Robleño González · <i>IES Gerardo Diego</i>	49
Ángel Porras Pardo · <i>Kensington School</i>	51
Sara Prieto Aparicio · <i>IES Sierra de Guadarrama</i>	54

CATEGORÍA DE DILEMAS MORALES 59

PRIMER PREMIO: Verónica Hermida Dermont · <i>Colegio Quercus</i>	60
SEGUNDO PREMIO: Patricia Adam González · <i>Colegio Orvalle</i>	63
TERCER PREMIO: Claudia Crespo Nieto · <i>Colegio Estudio</i>	66

FINALISTAS

Candela Arjona Espinosa · <i>IES Maestro Matías Bravo</i>	69
Felipe Corro Sarabia · <i>IES Ramiro de Maeztu</i>	72
Emilia Sereno · <i>IES Malala Yousafzai</i>	75
Miriam Sánchez Sánchez de León · <i>Colegio Orvalle</i>	77
Hugo Hernando Martín · <i>IES Domenico Scarlatti</i>	79
Aitana Gómez Aguilar · <i>IES Ángel Ysern</i>	82
Miguel Navalmoral Ortiz · <i>IES Cervantes</i>	85
Eva López Arias · <i>IES María Rodrigo</i>	87
Eduarne López Franco · <i>IES Gran Capitán</i>	89
Miriam Garrido Criado · <i>IES Miguel Hernández</i>	91
Yaiza Ruiz Abellán · <i>IES El Burgo de las Rozas</i>	93

CATEGORÍA DE FOTOGRAFÍA 96

PRIMER PREMIO: Loreto Pérez Abad · <i>Fontenebro International School</i>	96
SEGUNDO PREMIO: Claudia Mateos Carrasco · <i>IES Rafael Frühbeck de Burgos</i>	97
TERCER PREMIO: Víctor Ortega Mimbrero · <i>IES Humanejos</i>	98

CATEGORÍA DE VÍDEO

99

PRIMER PREMIO: Pablo Monblán Calvo, Gabriel Lancha Sanchís y Hugo Delgado Samaniego ·

Colegio Quercus99

SEGUNDO PREMIO: Ash Rodríguez Ramírez y Marshall González Gonçales · *IES María Zambra-*

no.....100

TERCER PREMIO: Patricio Jiménez Torrejón, Violeta Fraile Arroyo y Cristal Sosa López · *IES*

Ortega y Gasset..... 101

INTRODUCCIÓN

La XV Olimpiada Filosófica es un certamen en el que participan estudiantes de distintos colegios e institutos de la Comunidad de Madrid. Este año, el tema elegido es “Los cuidados”, estructurado en tres partes: en primer lugar, el cuidado del medio, en segundo lugar, el cuidado de los otros y en tercer lugar, el cuidado de uno mismo, con el fin de facilitar la reflexión y elección de nuestros estudiantes.

Este libro surge como resultado del esfuerzo compartido de estudiantes, profesorado, comisión organizadora e instituciones implicadas, que hacen posible, año tras año, su publicación. En sus páginas se recogen los trabajos premiados en las modalidades de Cartel, Disertación, Dilema, Fotografía y Vídeo. Asimismo, se incluyen los trabajos finalistas de Disertación y Dilema. La Olimpiada Filosófica acerca la reflexión a la vida escolar, fomenta el pensamiento crítico y fortalece los lazos entre docentes y estudiantes.

Al leer estos trabajos, podemos apreciar que cuidar no siempre es una tarea sencilla. A menudo, el cuidado de los demás conlleva una carga que transforma al cuidador, que pasa de sostener al otro a convertirse, a su vez, en alguien que necesita ser atendido. Cuidar implica esfuerzo, responsabilidad y, en ocasiones, renuncia.

Entonces, ¿por qué elegimos cuidar? Porque, además de seres libres, dotados de voluntad para decidir, somos también seres compasivos. Es la compasión la que nos impulsa a tender la mano, a acoger y a proteger al otro. Forma parte de nuestra condición humana y, aunque a veces intentamos eludir, nuestro “corazón” nos lo recuerda y nos invita a ayudar al otro. Sin amor, la compasión carece de plenitud. Cuidar del medio ambiente, de los demás seres y de nosotros mismos es, en definitiva, un acto de amor hacia nuestro planeta, hacia quienes nos rodean y hacia nosotros mismos. Por tanto, cuidar no solo transforma nuestro mundo, sino que abre la posibilidad de construir uno mejor.

Ya lo observamos en los carteles ganadores, Melanie, Daniela y Nerea, que destacan la importancia del cuidado al atender cada detalle y transmitir, con la fuerza de la imagen, aquello que, a veces, el lenguaje escrito no alcanza a expresar.

En las disertaciones, los estudiantes ganadores nos hacen reflexionar sobre la libertad y la responsabilidad de cuidar, por ejemplo, María nos recuerda que “los seres humanos somos libres de cuidar o no, pero tenemos la responsabilidad de cuidar para transformar el mundo”. Carlos resalta la esperanza que surge del cuidado desinteresado “esa capacidad de cuidar ofrece esperanza en medio de la contradicción humana o puede reflejar cómo el cuidado debe ser algo desinteresado”. Y Cristina señala la

responsabilidad social del cuidado “Para recuperar su verdadero sentido, debe combinarse el autocuidado, el cuidado del entorno y la responsabilidad social, incluyendo una distribución equitativa de las tareas de cuidado entre todos los géneros”. Estas reflexiones, al igual que las de los demás finalistas, muestran que los participantes son conscientes del mundo en el que viven y buscan proponer soluciones para mejorarlo.

En la categoría de Dilema, los participantes finalistas plantean la situación de una persona que debe elegir entre cuidar a su hija, movida por el afecto, o ayudar a su vecina en situación de vulnerabilidad, guiada por un sentido de cuidado y justicia. Las premiadas Verónica, Patricia y Claudia defienden su postura con elegancia, dejando entrever un profundo sentido ético y generosidad hacia los demás.

A continuación, las fotografías y los vídeos que publicamos corresponden a los tres ganadores de cada categoría. En la categoría de Fotografía son Loreto, Claudia y Víctor, y en la categoría de Vídeo son Pablo, Gabriel y Hugo; Ash y Marshall; y Patricio, Violeta y Cristal. Junto con la categoría de Cartel, componen la parte audiovisual de la Olimpiada de Filosofía y representan el tema de los cuidados a través de imágenes que nos invitan a la reflexión. Son obras que, a su vez, despiertan preguntas que quizás de otra forma no surgirían. La mirada crítica y creativa de los participantes intensifica nuestra experiencia.

Cabe destacar, que la categoría de Vídeo ha sido premiada en la Olimpiada Filosófica de España 2025: Ash, Marshall y Miranda, ganadores del **primer premio** y Pablo, Gabriel y Hugo, ganadores del **tercero**.

Ante tanto talento, solo me queda expresar gratitud: a todas las personas participantes por compartir sus obras; al profesorado, por seguir trabajando con pasión y amor por la filosofía; a la UAM, por su colaboración, por ofrecer sus instalaciones y por su constante apoyo; a todas las instituciones colaboradoras que potencian el trabajo colectivo; y, de manera muy especial, a la comisión organizadora, por su entrega desinteresada y disposición permanente a ayudar.

Y, sin más que añadir, ¡A cuidarse! Todos merecemos estar bien. Cuidémonos.

Disfruten de este libro, y que cada página abra su corazón, ilumine su espíritu y enriquezca su pensamiento.

Nuria García Iglesias
Coordinadora de Vídeo
Olimpiada Filosófica de Madrid

CATEGORÍA CARTEL

El cartel ganador figura como portada del libro

PRIMER PREMIO: MELANIE REYES FLORIAN

IES Isabel la Católica



Cartel realizado por **Melanie Reyes Florián** (IES Isabel la Católica)



Texto explicativo:

Mi cartel está basado en el pensamiento aristotélico, relacionándolo con el cuidado y centrándome en la sobreprotección (entendiendo esta en relación a la noción de exceso en Aristóteles). En Ética a Nicómaco, Aristóteles explica que la virtud consiste

en el equilibrio entre dos vicios, uno por defecto y otro por exceso.

Teniendo en cuenta esta idea de virtud, ilustro eso, de manera crítica, a través de una familia, la cual no lleva a cabo los requisitos que considera Aristóteles necesarios.

En el cartel podemos observar tres figuras que pasaré a analizar de izquierda a derecha. En la izquierda, podemos observar al padre, representado como un cuervo, el cual tapa las espinas de su hijo, con la intención de no herir a otros, y se aprovecha de esto para poder

comérselo. Con ello, pone a su hijo en una posición de debilidad/inferioridad. Esto genera un sentimiento de grandeza en el padre, pues cree proteger a los demás y a su hijo de las espinas de este. En el lado opuesto de la imagen tenemos a la madre, representada con una flor seca regando en exceso a su hijo, un cactus. Esta no ha recibido suficiente riego, por lo que cree genuinamente que es mejor evitar que le pase lo mismo a su hijo, al igual que se

llega a descuidar a sí misma mientras lo hace. Finalmente, en el centro de la imagen, vemos representado al hijo, en forma de un cactus, que está siendo claramente afectado por estas acciones, ya que ahora no tiene forma de protegerse y está en proceso de pudrición por el exceso de agua en él.

Entre los dos progenitores podemos discernir la reafirmación de autoridad del padre y la proyección de los problemas de la madre en su hijo. Estas acciones representadas en mi cartel contradicen la teoría de Aristóteles, pues el padre no buscaba la felicidad de su hijo, sino su propio bienestar (actuando con un exceso de protección), y la madre, aun cuando buscaba la felicidad del otro, descuida la suya y actúa igualmente que en el caso anterior realizando una acción excesiva, produciendo en su propia persona algo parecido al “síndrome del cuidador”.

Concluyendo, con mi cartel pretendo mostrar cómo la sobreprotección contradice la idea de virtud aristotélica, ya que los progenitores actúan de forma excesiva, persiguiendo con su acción (inconsciente, en muchos casos, y no actuando conforme a la razón, que es la virtud más importante) un resultado poco satisfactorio para sus hijos e hijas, que en la mayoría de las veces, no conduce a la felicidad. Recordando que para Aristóteles la felicidad es el fin último y el propósito más elevado de la vida.

SEGUNDO PREMIO: DANIELA VALDEOLIVAS GASCUEÑA

IES Isabel la Católica



Texto explicativo:

En mi cartel he decidido utilizar como recurso visual una metaimagen en la que existen tres niveles semánticos que se sigue una evolución. He tomado como referencia la espiral de Arquímedes, por lo que partiendo de la imagen central se desarrolla un movimiento constante y uniforme. La espiral nos da a entender un concepto atribuido por Platón al filósofo griego Heráclito, cuya opinión dicta que todo está en un cambio continuo.

Al empezar a analizar la imagen los cuidados comienzan por uno mismo (imagen interior e inicio de la espiral), no sólo para ser capaces de cuidar a los demás, sino

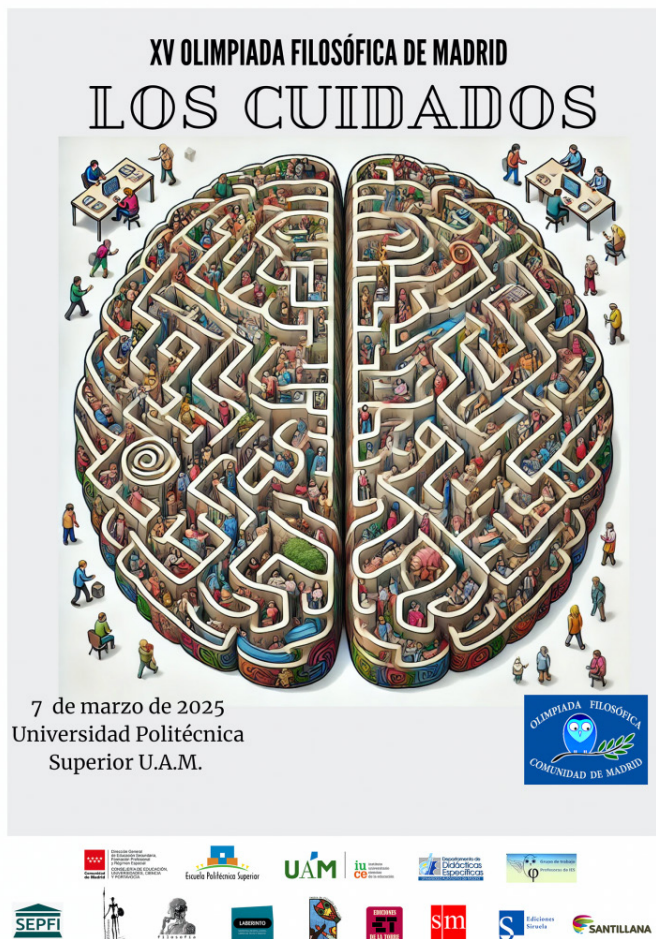
también para sentirse bien con uno mismo. En un segundo nivel la ilustración continúa con el cuidado del otro, como se puede observar en la segunda imagen dónde se ve a la persona de la imagen anterior saliendo de su marco para cuidar de otra que está “rota”. Continuando con la espiral en la tercera y última imagen, las mismas personas ya sanas como resultado del cuidado aparecen en un fondo natural representando el cuidado del entorno. Debido a las consecuencias del cambio climático el cuidado medioambiental se ha vuelto una necesidad, por lo que cuidar el medio ambiente es cuidarse a uno mismo, recrearse en aquello que es esencial para la vida. Por nuestro bienestar, el de nuestro entorno y el de todos los seres vivos, hay que tomar conciencia de preservar lo que nos rodea.

En definitiva, quiero hacer ver con mi propuesta para la Olimpiada Filosófica de este año, que el cambio de paradigma comienza por cuidarnos a nosotros mismos para ser capaces de cuidar a los demás y simultáneamente del medioambiente, ya que cuidándonos a nosotros mismos también estaremos cuidando lo que nos rodea.

Para finalizar, podemos pensar en la famosa frase de José Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Lo que Ortega quiere decir es que una persona no puede separarse de su entorno y de las personas que la rodean. Por eso, al cuidar a los demás y al proteger el medio ambiente, no solo estamos ayudando a esas otras partes de nuestra vida, sino que también estamos cuidándonos a nosotros mismos.

TERCER PREMIO: NEREA GUTIÉRREZ LLORENTE

IES Sevilla la Nueva



Texto explicativo:

El laberinto de los cuidados

El cerebro humano, como un laberinto, refleja la complejidad de los cuidados. Cada camino, cada rincón, representa un acto de empatía, solidaridad o responsabilidad.

Los cuidados son el hilo conductor que nos guía a través de este laberinto, recordándonos que, aunque parezca que caminamos solos, siempre dependemos de los

demás para encontrar la salida.

En este laberinto no hay atajos. El cuidado exige paciencia, compasión y un reconocimiento mutuo de nuestra fragilidad. Cada decisión dentro de él moldea nuestra humanidad: elegir cuidar es elegir construir puentes en lugar de muros, aceptar que nuestras vidas no son líneas rectas, sino trayectorias entrelazadas con los demás.

Así como un laberinto desafía a quien lo recorre, los cuidados nos confrontan con la responsabilidad de sostenernos unos a otros. En ese desafío reside la grandeza del ser humano: hallar sentido no en la salida, sino en los actos de cuidado que trazan nuestro recorrido.

CATEGORÍA DE DISERTACIÓN

PREGUNTA:

¿QUÉ PREGUNTA O PREGUNTAS TE SUGIERE EL TEXTO?

REDACTA UNA DISERTACIÓN QUE RESPONDA A DICHA/S PREGUNTA/S

A lo largo de la última década, el pensamiento crítico y transformador ha situado un nuevo término en el centro de su discurso: el cuidado o los cuidados. No es una noción nueva, pero sí que lo es su posición en la producción teórica y las prácticas sociales. Ocupa un aposición cardinal en la respuesta crítica a los efectos del capitalismo global, desde un punto de vista feminista, ecologista y de la justicia social. Desde la comprensión de que somos vidas que necesitan cuidados y que somos capaces de cuidar a otros y al entorno, la mirada sobre la devastación íntima y planetaria que caracteriza a nuestro tiempo cambia y nos ofrece un lugar desde donde situarnos como sujetos de nuestros propios destinos.

Garcés, Marina. “Comprensión y reparación. Por una filosofía del cuidado y el daño”
Revista Folia Humanística, n.º 12. 2019.

PRIMER PREMIO: MARÍA ALGORA VALVERDE

Colegio Cardenal Spínola

¿Puede el cuidado como reivindicación humana cambiar la dimensión fría y rápida que está consumiendo el mundo actual? Esta es la pregunta que dejó huella en mi mente tras leer el texto propuesto por Marina Garcés en 2019. En su ensayo en la Revista Folia Humanística, se divulga acerca del auge actual de los cuidados como práctica social unificadora y nuevo objetivo de muchos pensamientos reivindicadores modernos.

No cabe en ninguna mente que algo tan esencial y básico como el cuidado pueda dar un giro drástico a la sociedad de la información, instantánea, fugaz y capitalista en la que vivimos hoy. ¿O esta es una presuposición errónea? Marina Garcés en su discurso, razona que el entendimiento de nuestra persona como ser que cuida y es cuidado resulta clave para combatir la devastación global que nos rodea. A pesar de que esta reivindicación del cuidado sea de corte moderno, numerosos pensadores han aportado su punto de vista acerca de ella, como Heidegger, Foucault o el propio Platón. Desde la comprensión del cuidado como herramienta fundamental para la convivencia social y por ende, política, hasta la defensa del cuidado de uno mismo y de su propio cuerpo como base de la autosatisfacción.

Tenemos constancia del poder que esconde el cuidado al prójimo desde la Antigüedad, con maestros como Confucio, Buda o Jesucristo, que hablaron acerca de la caridad y empatía con el otro como cimiento base de la vida común. Así queda reflejado en uno de los mandamientos que propone Jesucristo: “Amarás a tu prójimo como a tí mismo”. Por otro lado, en el código de Hammurabi se abarca también el aspecto del cuidado al prójimo y la no venganza. Añadido a esto, se han llevado a término hallazgos paleontológicos que evidencian el cuidado como matiz de la especie homo sapiens desde hace milenios, mostrando esa preocupación humana por los compañeros más débiles y enfermos, facilitándoles aquello que sus limitaciones les impedían conseguir por sí solos. De regreso a la actualidad, ¿de qué mejor ejemplo tenemos constancia en el ámbito del cuidado que de la entrega de los médicos y personal sanitario en la pandemia del covid-19, o en los recientes desastres sucedidos en Valencia por la tormenta “Dana”?

Con todo esto, quiero defender que los cuidados han cambiado el rumbo de la historia en más ocasiones de las que creemos, y que poseen un valor intrínseco y desinteresado, capaz de curar muchas heridas del mundo: desde las más pequeñas a las más profundas.

Aplicando este brillo de esperanza a nuestro contexto actual, filósofas como Carol Gilligan han volcado su profesión y alma en el estudio de esta posible pastilla que cure al mundo de su desconexión y fugacidad. Gilligan en su “Ética del cuidado” define a este como “La actividad responsable de atender y responder a las necesidades de los demás”. Como se deduce de esta definición, el interés personal no cabe en el cuidado puro entre seres humanos, por el contrario, el cuidado es la forma más simple de preocupación por el alrededor, ya sea el amigo, el enemigo, la naturaleza, etc. El cuidado es la respuesta al auxilio del prójimo más desinteresada que conocemos, por lo que lleva implícito el amor al prójimo. Pensemos en una reciente madre que se entrega física y mentalmente al cuidado de su recién nacido, sin interés alguno, sin expectativa ni promesa de nada a futuro, simplemente cuidando porque quiere a su hijo: por amor.

Entonces quizás, lo que nos falta actualmente en el mundo es cierto amor incondicional al prójimo, como indica Marina Garcés hablando de la nueva posición del cuidado en las prácticas sociales. El amor y el cuidado están estrechamente relacionados, orbitan el uno alrededor del otro. Debo amar algo para desear cuidarlo, y en cierta medida, es ser cuidados lo que nos hace sentir amor. Como dice un antiguo enunciado de la sabiduría oriental: cuando te gusta una flor, la arrancas del suelo en el que crecía; mas cuando amas una flor, la riegas todos los días para que siga floreciendo. No podemos cuidar algo que aborrecemos, por mucho empeño que se le dedique a este motivo. De la misma manera, tampoco podemos cuidar algo a lo que no estamos vinculados o conectados de alguna manera. Ecologistas del siglo XXI como la nórdica Greta Thunberg, defienden que para desear y estar implicados en el cuidado del planeta Tierra, debemos en primer lugar, sentir que formamos parte de él, que lo que le ocurra este nos influye a nosotros, pues somos una unidad indivisible. Greta en uno de sus discursos, argumenta que el planeta no nos necesita a nosotros como seres humanos; sin embargo, nosotros sí lo necesitamos a él, y por lo tanto, es nuestro deber cuidarlo.

Por otro lado, en el ámbito feminista y de equidad, activistas como Emma Watson o la propia Carol Gilligan hablan del cuidado como una facultad históricamente atribuida a las mujeres, al concebir y criar a los hijos. Es cierto que el cuidado entre mujeres ha sido un factor clave en su evolución, pues remontándonos a la Prehistoria, diferentes estudios científicos han planteado que las mujeres en las aldeas establecieron mayores vínculos entre ellas, con el fin de ayudarse mutuamente en ausencia de los hombres cuando estos hacían las labores de caza, y empatizando así unas con otras, además de compartiendo la crianza. Sin embargo, esta es una postura muy discutida, especialmente tras el hallazgo de fósiles de mujeres cazadoras junto a sus

compañeros masculinos, y la suposición de que esta concepción de la mujer como cuidadora es producto de la misoginia y machismo de la Antigüedad. Sea como sea, a lo largo de la historia se ha asociado este perfil “cuidador” de las mujeres, los criados o las personas de clase baja a la debilidad y a la dependencia.

Esta afirmación no puede estar más lejos de la realidad, pues como cita la autora de la “Ética del cuidado”: “El valor de una persona no debe medirse por sus logros profesionales, sino por su capacidad para amar y cuidar”. Gilligan ataca el capitalismo, la meritocracia y la materialización o alienación de las personas con esta breve pero contundente afirmación. Cuidar es sinónimo de empatía, de humanidad en su más puro significado, y de fuerza y valor personal. El Utilitarismo de Jeremy Bentham o John Stuart Mill, o el propio capitalismo, no deben corromper la pureza y el desinterés de la acción de cuidar, pues esta no debe someterse al interés económico, personal o utilitario.

Antagónicamente, este perfil “cuidador” no debe ser femenino ni débil, sino muestra de nuestra solidaridad y virtud humana, comprendiendo que “somos vidas que necesitan cuidados” (línea seis). La propia naturaleza nos evidencia esta virtud de diversas maneras. Pensemos por ejemplo en los lobos. Es sabido que para recorrer grandes distancias, estos mamíferos adquieren una formación pautada que posiciona en la cabeza del grupo a los individuos más ancianos, para que marquen el ritmo de toda la manada y no se queden atrás, seguidos de las parejas más fuertes, que preceden y protegen a las crías o jóvenes; los más vulnerables. En último lugar, se coloca la hembra o el macho alfa, que vigila desde la retaguardia a todo el grupo, protegiéndolo. Sin adentrarnos mucho más en el reino animal, me gustaría mencionar a la especie que según las estadísticas, cuenta con mayor tasa de éxito en la caza. Este es conocido como Licaón o perro salvaje africano, y su porcentaje de éxito se encuentra entre el 80 y el 90%, frente a la tasa correspondiente a leones o tigres, que oscila entre el 10 y el 30% según diferentes estudios. Esta diferencia notable se debe a las relaciones entre individuos que presentan los licaones, a través de acicalamiento, contacto físico, juegos y otros cuidados. Aquí observamos una evidencia en la naturaleza del poder residente en la unión grupal; que yace en los cuidados, y en la empatía y preocupación por el bienestar del otro como pilar fundamental.

Y es que el ser humano es una criatura de grupo, un ser social; como ya proclamó el estagirita Aristóteles en la Grecia Clásica. Vivimos por y para los demás, aunque la velocidad y presión del mundo actual nos haga a menudo olvidar esta básica condición humana. Como establece la filosofía de vida nacida en Sudáfrica: “Yo soy si ellos son”; Ubuntu. La solución a la desconexión humana que vivimos, a la crisis de falta de respeto al planeta, a los enfrentamientos ideológicos cerrados y amenazantes que

nos rodean, a los prejuicios y estereotipos de edad, sexo, raza y condición económica... Reside en la reivindicación desinteresada de los cuidados como sinónimo mismo de nuestra esencia humana: aquello que nos une, llena de vida, y acerca dentro de nuestras diferencias culturales y étnicas. Ese hilo invisible que teje la red del cuidado, cuidado el cual es capaz de cambiar el mundo y ofrecernos un lugar mejor si nos enfrentamos a ser dueños de nuestros propios destinos.

SEGUNDO PREMIO: CARLOS BERGANZA CARRASCO

*IES Ramiro de Maeztu**¿En qué medida la naturaleza humana tiende al cuidado?*

A lo largo de su larga historia, el ser humano ha demostrado ser una yuxtaposición constante. Sea en la literatura, con novelas como *El doctor Jekyll y el señor Hyde*, en la filosofía, con esa naturaleza trágica nietzscheana, o incluso en nuestra misma historia, estamos sumidos en una lucha incesante entre dos lados diametralmente opuestos. Por una parte, se nos ha concebido como entes sociales y racionales que emplean sus dotes, indiscutiblemente extraordinarios en comparación con el resto del mundo animal, para un bien común, para el progreso. Por el contrario, también se ha observado un hombre que usa esas cualidades para la destrucción tanto del entorno que lo rodea, como del mundo que contiene en su interior.

Entonces aparece el tema de los cuidados como posible antídoto a esta condena: afirmar que la primera, y no la segunda, definición es la más apropiada para nuestra especie, ya que poseemos la capacidad de reconocer nuestra humanidad común. Pero, ¿hasta qué punto puede el cuidado suponer algún tipo de salvación? Esta es precisamente la cuestión que aborda el fragmento: dada esa “devastación íntima y planetaria”, ¿no puede el cuidado suponer, en cierto modo, libertad? ¿No puede guiarnos hacia una “visión feminista, ecologista y una justicia social”? ¿Puede llegar a ser el puente entre los dos lados extremos de la naturaleza humano? O, por el contrario, ¿es imposible olvidar nuestro lado antagónico? En definitiva, ¿en qué medida la naturaleza humana tiende al cuidado?

En primer lugar, podría parecer correcto asumir que el ser humano, en tanto que es un ser social, sí tiende al cuidado del medio, de sí mismo y de los otros, y que cualquier alter ego será una mera desviación de su naturaleza, pero no esencial o sustancial en ella. Esa doble identidad a la que alude el texto se convertiría en un posible producto de la sociedad tal y como la vivimos hoy día bajo ese “capitalismo global” opresor que impone un individualismo férreo y que nos aleja de lo que deberíamos ser, cuidadores. Esta postura, cercana al materialismo histórico marxista, es la que se defiende en el fragmento, afirmando que, a través de los cuidados y la compasión, podemos hacer frente al orden impuesto, a menudo injustamente, y encontrar “un lugar donde situarnos como sujetos de nuestros propios destinos”. Entonces la naturaleza humana tiende más hacia el cuidado, y nuestro estado actual es fruto de un entrono opresor que a lo largo de la historia nos ha convertido en seres egoístas. Solo

cuando recuperemos ese aspecto social, esa preocupación por el otro, podremos vivir plenamente.

Sin embargo, en ese ideal de “justicia social” adquirido a través de los cuidados encontramos otra yuxtaposición más: al imponerse la sociabilidad como nuestro rasgo distintivo, ¿dónde queda la libertad individual? Puede parecer absurdo, pero si se afirma que la naturaleza humana tiende, en efecto, al cuidado, uno podría preguntarse dónde empieza mi responsabilidad social hacia el otro y dónde acaba mi propia necesidad para ser cuidado. Esta dialéctica se puede apreciar indirectamente en el propio texto, y es que todos somos “vidas que necesitan cuidados” pero a la vez se aboga por ser “sujetos de nuestros propios destinos”. Si nos dedicamos solo a ayudar al resto, ¿quién quedará para ayudarnos a nosotros? Entonces quedaríamos alienados igualmente bajo un orden social injusto cuyo problema no es la falta de cuidados, sino su imposición como obligación moral, y el castigo tácito a aquellos que no la sigan. He aquí otro concepto fundamental: el cuidado de sí mismo. Este es un aspecto a menudo olvidado, pero que acaba por crear un monstruo inconsciente, el Ello freudiano, que no distingue entre la frustración causada por el entorno (el “capitalismo global”) y el daño que nos infligimos a nosotros mismos persiguiendo el ideal del cuidado. Parecemos estar sujetos inevitablemente a la condena de Sísifo: la naturaleza humana puede tender al cuidado, pero si no es recíproco, no tiene valor alguno.

En contraposición, encontramos así una postura vitalista frente a ese ‘buen salvaje’ que veníamos comentando anteriormente: la constante angustia y frustración del humano, a la deriva entre dos mundos drásticamente distintos, jamás se va a solventar por mucho que volquemos nuestras vidas en el cuidado, pues todo conduce a un sinsentido. Ya hemos visto un ejemplo de ello: en nuestro optimismo ingenuo e inocente, quisimos afirmar que la naturaleza humana tendía al cuidado, pero tras un análisis más detallado, podía darse que ese cuidado llegara a amargar al individuo, imponiendo una condena todavía mayor bajo el precepto de una moralidad superior. “Dios ha muerto” diría Nietzsche, no existe una entidad que dote de sentido a la existencia, con lo cual todo va a tender, no a un ideal kantiano de dignidad, sino a una tragedia, a un sufrimiento. El cuidado bajo este vitalismo se vería como una imposición de la moral socrática y judeo-cristiana que de hecho oprime al hombre. Como la expresión más palpable de esta condición, el cuidado atenta tanto contra las libertades individuales como con la voluntad de poder del individuo. Este individualismo llevaría a entender que la naturaleza humana no tiende en ningún caso al cuidado.

No obstante, siguiendo con el pensamiento vitalista, que observa que el hombre es radicalmente libre y viene definido por su angustia vital, el cuidado a los otros puede ser una oportunidad para ejercer ese autocuidado que tanto se echa en falta

en nuestro mundo moderno. Es decir, como “eligiéndome elijo al hombre”, si decido cuidar de los demás, estoy creando un mundo en el que cuidar se convierte en lo correcto, en una idea que se puede fundamentar y defender y que, de hecho, puede aliviar el dolor de estar vivo. He aquí el quid de la cuestión: el fragmento aborda en profundidad ese “pensamiento crítico y transformador” y esa voluntad de “cambiar” como consecuencia, y causa última, del cuidado. Y es que Sartre afirmaría que, ante todo, como la naturaleza humana no viene prescrita y se limita puramente a nuestra existencia y capacidad de agencia, el cuidado del resto nos permite avanzar y progresar en reivindicaciones feministas, ecologistas y sociales. Por ejemplo, si alguien decide participar en un voluntariado, ya sea para cuidar el medio o los demás (como en esfuerzos de reforestación o tras la DANA en Valencia), no se guía por una responsabilidad política que se lo exija, sino que es su propia voluntad que lo lleva a hacerlo. El cuidado es tan intrínseco a nuestra especie como lo es la destrucción, pero el ser humano siempre escogerá el cuidado en la medida de lo posible, como lo hacen todos los voluntarios. El texto resalta este hecho: “somos capaces de cuidar”, es decir, una vez se abstraiga uno de lo terrenal, el cuidado será una herramienta que no supondrá violar nuestra libertad, sino todo lo contrario, será ejercerla en todo su esplendor.

Aún así, esta postura pretende acercarse al imperativo categórico kantiano, pero rehúye de los postulados de la razón práctica, con lo que su base moral resulta ser muy débil. Si el ser humano, hundido en la miseria como nos ha descrito Sartre, va a decidir cuidar porque tiene libertad para hacerlo dentro de su espíritu “crítico y transformador”, ¿qué nos está impidiendo verdaderamente de emanciparnos del mundo y desestimar el cuidado? La naturaleza humana no puede reducirse a una única tendencia esencial. El cuidado, lejos de ser una imposición moral o un simple acto de generosidad, se presenta como una posibilidad profundamente humana: una elección que, aunque frágil, tiene el poder de transformar nuestra relación con el mundo, con los otros y con nosotros mismos. No se trata de negar el conflicto interno ni la capacidad destructiva que también nos define, sino de reconocer que, dentro de esa tensión, el cuidado puede ser una forma de resistencia, de libertad y de afirmación vital. Elegir cuidar, en un mundo que a menudo premia lo contrario, es tal vez el gesto más radical de humanidad. Por tanto, aunque no podamos afirmar categóricamente que el ser humano tiende de forma natural al cuidado, sí podemos decir que es capaz de él. Y esa capacidad, en medio de la devastación y la contradicción, ya es una forma de esperanza.

TERCER PREMIO: CRISTINA AMATI VALLE

IES El Burgo de las Rozas

Los Cuidados Materiales

Nuestro mundo tiene un carácter dinámico y efímero, encontrándose en un estado constante de cambio. La concepción del cuidado, por lo tanto, no es ninguna excepción a esta naturaleza, y su noción ha evolucionado una y otra vez a lo largo de la historia. Actualmente, con la inevitable incorporación de las tecnologías y las redes sociales a nuestras vidas, el autocuidado y el cuidado de los demás pasa a ser percibido como nunca antes. Basta con una sola búsqueda en internet de este término para encontrar miles de consejos y promesas vacías. ¿Te sientes triste? Prueba esta nueva crema, su dulce fragancia aliviará cualquier incomodidad. ¿Inseguro de ti mismo? Adquiere esta guía de nutrición, en solo 24 horas verás los resultados. Sin embargo, estas atractivas y simples soluciones a nuestros problemas nos han llevado a preguntarnos: ¿es posible cuidar de uno mismo y del entorno en una época en la que el autocuidado ha pasado a ser un mero producto de uso y consumo?

Como claramente vemos reflejado en el texto, el autocuidado “no es una noción nueva”. Este término ha sido siempre una condición necesaria para vivir en sociedad, presente y fundamental en la vida humana desde la Antigua Grecia y Roma, e incluso a priori de estas civilizaciones. El historiador y filósofo francés Michel Foucault define el autocuidado como una dedicación continua con el propio desarrollo moral y espiritual, en vez de un proyecto personal o unas reglas que debemos de seguir. Siguiendo esta definición, comprendemos claramente que el cuidado es fundamental para la convivencia social. Nos permite, mediante las prácticas estoicas del diálogo y la meditación, desarrollar el conocimiento y la conciencia necesarios para vivir en armonía dentro de la sociedad.

En esta visión, el cuidado de uno mismo no tenía un fin exclusivamente individualista, sino que es una condición necesaria para poder vivir en comunidad. Sin embargo, con la llegada del cristianismo, la concepción del cuidado se desvirtúa. La religión introdujo los valores del sacrificio y penitencia que junto con la modernidad lo redujo a un instrumento de control social, donde el cuidado y la introspección dejaron de ser prácticas autónomas y voluntarias para convertirse en una herramienta de disciplinamiento e individualismo.

Actualmente, la religión ha sido reemplazada por un nuevo método de control, más sutil e infinitamente más eficaz: el consumismo. El capitalismo global, el cual “ocupa una posición cardinal en la respuesta crítica” de la evolución del cuidado, ha

convertido el autocuidado en un simple producto, insustancial y desechable. Para destacar entre la competencia, este producto ha adoptado una estrategia clave: la diversificación de lo que ofrece, creando nuevas formas de satisfacer el mayor número de necesidades posibles con un solo objeto o plástico.

El capitalismo ha identificado el valor del autocuidado, consciente de su importancia en el desarrollo propio, y lo ha utilizado a su favor, explotándolo como una ventaja competitiva más. Basta con una sola visita al Primark y la compra de un producto para autoconvencerse de que te estás redimiendo de ocho horas de trabajo agotador. A corto plazo, esta estrategia consigue su objetivo: proporcionarnos felicidad. Sin embargo, al observar la fragilidad y la inutilidad de este producto, rápidamente perdemos la euforia de la compra, volviendo así a nuestro estado original. Este sentimiento temporal de felicidad, esta solución barata, únicamente incentiva un vicioso ciclo consumista del cual no podemos escapar, alejándonos cada vez más del verdadero significado del cuidado.

Por su parte, esta nueva evolución de los cuidados y su cosificación ha fomentado la idea generalizada de que nuestra felicidad depende exclusivamente de nuestros esfuerzos personales. Esta noción se ve respaldada por los ejemplos de Eva Illouz y Edgar Cabanas en su obra *Happycracia: cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas (2019)*. En él, los autores muestran que la felicidad no es simplemente el resultado de nuestro éxito personal, ni de la dedicación o el amor propio, sino que está profundamente condicionada por factores políticos, sociales y económicos fuera de nuestro control.

Yo misma soy víctima de esta creencia— durante la pandemia, cumplía rigurosamente con todos los supuestos requisitos para alcanzar la felicidad: hacía deporte, pasaba tiempo con mi familia y probaba diferentes actividades para poder distraerme de cualquier manera posible. Sin embargo, nunca fui realmente feliz. ¿Por qué? No era porque me había saltado alguno de los “pasos sagrados” hacia la felicidad, sino porque existen determinadas circunstancias externas que escapan a nuestro control: las pérdidas constantes y el aislamiento me impedían experimentar esa plenitud prometida.

Asimismo, en el texto se menciona otra “posición cardinal”: la ecología y el medioambiente. En el 2021, el Instituto Nacional de Estadística indicó que la economía española produjo más de 110 millones de toneladas de residuos. Consumimos una cantidad cada vez mayor de productos, incluidos aquellos que prometen mejorar nuestro bienestar. Sin embargo, muchos de ellos terminan volviéndose en nuestra contra. ¿Cómo puede ser que algo adquirido con la intención de ayudarnos termine, en realidad, perjudicándonos? La economista Yayo Herrero aborda precisamente esta cuestión. Señala cómo el sistema actual explota y desatiende los límites del planeta:

nuestros recursos no son infinitos, y nuestra Tierra, al igual que nosotros, no es inmortal. Por esto, es necesario reformar nuestro sistema, situando a la naturaleza una vez más como el centro de nuestro cuidado.

A pesar de esto, el impacto del capitalismo no ha sido exclusivamente negativo, ni mucho menos. Por primera vez en la historia, los humanos hemos accedido a estos bienes y herramientas previamente reservados para una pequeña minoría, y para una gran fracción de la población, el nivel de calidad de vida sí ha mejorado. Jean-Paul Sartre subraya que “estamos condenados a ser libres”, lo cual implica que ser libre quiere decir que somos responsables de nuestras acciones. Elegir cuidarse, ya sea a través de la compra de una mascarilla facial o regalarles a tus padres un viaje, también es un reconocimiento de nuestra libertad y compromiso con nuestro autocuidado. Sin embargo, esta libertad viene con una responsabilidad: cuidar del entorno en el que vivimos, una responsabilidad que ha sido supeditada a nuestros fines individualistas.

El cuidado de nuestro entorno, desafortunadamente, no es el único que hemos dejado de lado. Una vez más, otra de las “posiciones cardinales” mencionada en el texto es el feminismo. Como defendido y tratado por Nancy Fraser, las tareas de cuidado han recaído históricamente sobre la mujer. Son ellas quienes se han visto obligadas a atender a los niños, mantener la casa en orden y asegurar el bienestar de aquellos a su alrededor, todo ello bajo una angustiada sonrisa. Estas tareas de cuidado no reciben una compensación económica por parte de la sociedad y, como resultado, sus dificultades y su valor suelen pasar desapercibidos.

A pesar de esto, estas tareas son necesarias para el bienestar colectivo, por lo que es imprescindible realizar una redistribución de estas responsabilidades, incluyendo a todos los géneros. A través de esta redistribución equitativa de las tareas, realmente podremos eliminar los prejuicios que aún persisten en nuestra sociedad. De este modo, podremos demostrar a las futuras generaciones el profundo valor que implica cuidar de los demás, y enseñar que los hombres también tienen la oportunidad, y la responsabilidad, de participar en este cuidado.

En definitiva, ¿es posible cuidar de uno mismo y del entorno en una época en la que el autocuidado ha pasado a ser un mero producto comercial? El “*Epimeleia Heautou*”, queriendo decir “*cuidado de sí*” en griego, hoy en día se asemeja a las pompas de jabón que nos prometen relajación instantánea: atractivas, brillantes e insustanciales, pero que cuando tratamos de atraparlas se disuelven en nuestras manos, solamente dejando el vacío de una promesa no cumplida. Es necesario, por lo tanto, no olvidarnos el verdadero significado del cuidado: un compromiso activo con nuestro desarrollo moral y social. Únicamente volviendo a la esencia de esta expresión podremos definitivamente aprender a cuidarnos, no solo a nosotros mismos, sino también a los

demás y a nuestro entorno.

FINALISTAS

DAVID DEL APIO MOYA

Colegio Arturo Soria

Cómo Poner Bien Una Tirita: Los Cuidados Críticos

El texto propuesto extraído de “Comprensión y reparación. Por una filosofía del cuidado y el daño.” de Marina Garcés expone, a mi entender, que gracias a los cuidados y a la conciencia de ellos, podemos convertirnos en “sujetos de nuestros propios destinos”. Podemos inferir que la escritora se refiere a la sucesión de eventos que ocurren con la palabra “destino”, ya que podemos cambiarlo. Si hablamos de “destino” asumiendo que esta sucesión está predeterminada, no podríamos ser los que la cambian. Considero que, gracias a la existencia de la voluntad, este destino no tiene sentido. ¿Esto quiere decir que no pueda estar predeterminado igualmente? Tal vez sí, puede que mis voluntades ya estuvieran decididas antes, definiendo “antes” como un estado previo o exterior a la existencia del tiempo. Ahora bien, ¿qué más me da? Mi voluntad surge de mí, esté o no predicha. Por lo tanto, exista o no el destino, puedo estar tranquilo, ya que siempre voy a hacer lo que surja de mí, es decir, lo que yo decida.

Regresando al tema de los cuidados, concuerdo con Marina Garcés en que los cuidados y nuestra conciencia de estos cambian todo aquello que ocurre en el mundo. Si buscamos un ejemplo superficial, cuando le pones una tirita a una persona con una herida, esto frena el sangrado. Si los humanos cuidamos el medioambiente, paramos el cambio climático. Si no lo cuidamos, no lo paramos. Por ende, es indudable que nuestros cuidados tienen efectos y cambian cosas y consideramos que los cuidados surgen de los individuos y no de ningún destino místico.

Sabiendo esto, nos puede surgir la pregunta: “¿debo cuidar para cambiar el mundo o el mundo cambia gracias a mis cuidados?”. Puede parecer lo mismo, pero la diferencia está en el “debo”. Por mi parte, está claro: la segunda opción. Cuidar va más allá de poner una tirita, de reciclar o de cualquier otra cosa. Para que un cuidado sea efectivo, debe ser genuino y desinteresado. ¿De qué me sirve saber poner una tirita a una herida si no sé si la tengo que cambiar después, si tiene que ser de un material

específico a ese tipo de herida...? Si yo solo sé que para curar una herida, tengo que poner una tirita porque es lo que me han dicho que tengo que hacer, la pongo y ya. Sin embargo, si veo que un amigo se ha hecho una herida, me preocupo por él y entiendo que curarle es lo mejor. Por ello, voy a buscar qué tirita es mejor, cuándo cambiarla y más información para su bien. Con todo esto, lo que pretendo expresar es que los cuidados tienen que tener detrás un interés por el otro y generosidad. No sirve que el gobierno, que la sociedad, que yo o incluso que quien necesita el cuidado te lo diga y tú hagas caso como un esclavo. Es necesario que surja de ti. Obviamente, la tirita va a hacer el mismo efecto pero todo lo demás se queda afuera. Como piensa Kant, no debemos tratar a los demás como un instrumento sino como un fin. Por ende, sí, como dice Marina Garcés, gracias a los cuidados y la conciencia de ellos, cambia nuestro destino, pero, especial y más significativamente si nuestros cuidados tienen una parte desinteresada detrás.

¿Esto significa que no debemos esperar ningún beneficio de los cuidados y que no sirvan para un bien? No, desde mi punto de vista. Cuando cuidamos el medioambiente, al final, es por el bien de nuestra especie y del mundo en el que vivimos. Estos nos interesan, a su vez, por nuestra propia felicidad. Es imposible un cuidado completamente desinteresado. Por mucho que pensemos que no, escondemos muchos intereses en nuestro subconsciente. No obstante, el problema existe cuando el cuidado lo realizamos por ser bien visto en la sociedad o porque otros lo esperan de mí. Si nos damos cuenta, en ese caso, estamos poniendo nuestro destino en las manos de otro, sea, como he dicho antes, el gobierno, la sociedad, el que necesita ser cuidado o quién sea. Por consiguiente, cuidar solo nos permite dirigir nuestro destino si estas acciones surgen de ti. Si no, estás dándole las riendas de tu vida a los demás. Por supuesto, a escala global, esto es insignificante, ya que, que una persona de las casi ocho mil millones cuide porque se lo dicen los demás no tiene ningún efecto. Sin embargo, si somos todos así, tenemos una masa de, como se diría coloquialmente, borregos cuyas decisiones no tienen motivación de cambiar el mundo sino de hacer caso a la sociedad formada por los otros borregos. En fin, si queremos ser los “sujetos de nuestros destinos”, como dice Marina Garcés, tenemos que cuidar siempre con un espíritu crítico y así, podremos cambiar no solo el rumbo de nuestras vidas, sino también del mundo.

ÁNGELA GONZÁLEZ GARCÍA

IES Jorge Guillén

Pregunta: ¿Pensamos realmente en el prójimo cuando lo cuidamos?

Es innegable que los cuidados, el hecho de proteger y velar por la seguridad de un ente, disponiéndolo a ser la mejor versión de sí mismo, son los cimientos que han permitido la construcción de una civilización o, inclusive, la perpetuación de una especie biológica. Así, como se incluye en el texto de Marina Garcés en *“Comprensión y reparación. Por una filosofía del cuidado y del daño”*, el hecho de que la relevancia de un valor tan inherente al ser humano que constituye una realidad necesariamente complementaria al mismo esté tan en boga en el completo del paradigma ético de la sociedad actual atiende al rol fundamental que este desempeña en la constitución de una moral que, de seguirse, logre una civilización estable en la que todos sus integrantes puedan convivir y, por tanto, desenvolverse provechosamente.

No obstante, es también rasgo característico de los cuidados, realizar un sacrificio, puesto que no a todas las personas deja de resultarles tedioso, por ejemplo, bañar a su desvalido padre con demencia o cambiar los pañales a su niño de corta edad. Llega un punto, ya que, como es deducible, todo tiene sus límites, en que el perjuicio es insufriblemente superior al beneficio otorgado a quien es cuidado, por lo que en todo acto de protección se tendría en cuenta la situación propia. Paradójicamente, el cuidado al otro se mueve por el principio de que sea tal persona la beneficiaria, por tanto: ¿se piensa realmente en la persona a la que se cuida cuando se realiza tal acción? ¿No es el cuidado un acto de amor desinteresado, que se realiza por la felicidad de a quien se quiere?

El texto de Garcés justifica la actual relevancia de la ética de los cuidados mediante su potencial de acción frente a “los efectos del capitalismo global”, entendiéndose tal como la búsqueda del máximo beneficio propio en todos sus aspectos. De este modo, múltiples voces, como las de los nuevos sistemas educativos que inculcan el trabajo en cooperativo y los métodos de aprendizaje grupales como innovadora y poderosa herramienta para construir una base de conocimientos compartidos y desarrollar valores sociales como la habilidad de comunicación y exposición asertiva, pretenden desarrollar la dinámica del cuidado entre estudiantes mediante la empatía y la preocupación por el bienestar de los iguales, en los que se incluyen todos los alumnos. Análoga y globalmente, constituye esto un micromovimiento en todo el alzamiento y reivindicación del amor y la cooperación cuyo objetivo es alcanzar los

valores perfectos del ecologismo y la justicia social, haciendo referencia al texto.

Sin embargo, y penetrando ontológicamente en las raíces de la sociología y la antropología social, se presenta una pregunta: ¿por qué se quiere llegar a tales estados? ¿realmente, como individuos, nos importa el feminismo, la justicia social? ¿El cuidado del medioambiente, los regímenes políticos de un país que geográficamente se encuentra muy lejos? Parece un planteamiento carente de sentido, por lo cierto es que, en televisión y otros medios de prensa, existe una tendencia general a mostrar y reportar más minuciosamente el acontecimiento bélico que políticamente podría concerner más al Estado propio, cuando en toda guerra se pierden vidas, que, como defiende la Organización de los Derechos Humanos, y toda persona que sea capaz de sentir empatía, valen igual, independientemente de la cultura y todos sus factores implícitos, por el mero hecho de poseer una conciencia capaz de entender, procesar, sentir, sufrir.

Y es el mismo sistema nervioso, los mismos órganos de los sentidos que nos permiten, como individuos de la especie *Homo sapiens sapiens*, tener tal capacidad cognitiva y sensorial la que nos recompensa cada vez que realizamos algo bueno por otro ser humano, otro igual, mediante el neurotransmisor *oxitocina*, que aporta grandes sentimientos de felicidad y permite las conexiones emocionales, el apego por el prójimo, lo que, en última instancia, y como se ha expresado previamente, permite el establecimiento de una sociedad, que es inherente a nuestra condición como animales sociales. Pero, ¿por qué se activa tal gratificación, por ejemplo, al ayudar a alguien que se encuentra en peligro? ¿Por qué está nuestra naturaleza animal predispuesta a realizar perjuicios a la misma persona de la que forma parte por cuidar, beneficiar, a otra? La respuesta no reside sino en las raíces de lo que significa que el humano sea un animal social, a saber: que necesitamos los cuidados externos, que, como bien expresa el texto, la inteligencia inherente al *Homo sapiens sapiens* le permite ejercer, creando la necesidad lógica de que existan otros iguales dispuestos a prestar sus capacidades por el bien de otros. Siendo, según filósofos como Epicuro, máximo representante del hedonismo, el placer; o según filósofos como Aristóteles, eudemonista, la felicidad el propósito último de la existencia de tal conciencia, habilitada por los atributos fisis anatómicos de la especie humana, se puede deducir que los actos caritativos, como defendería la escuela de pensamiento cínica, atienden al beneficio de quien los ejerce, siendo los cuidados al prójimo un acto de cuidado personal, con el fin de acercar al individuo a la más provechosa vida.

De este modo, resulta cierto que el cuidado a otro individuo de una sociedad, a otro humano, cuenta con un motor intrínsecamente egocéntrico, del mismo modo que los cuidados al prójimo enriquecen el constructo moral propio, son un acto de

cuidado personal al enriquecer los valores éticos del individuo que los aplica a otros, siendo “una fábrica del ser”. Puede, por tanto, que, como humanos, nuestros actos se impulsen en todo momento por nuestra necesidad no sólo de sobrevivir, sino de vivir, pero tal hecho está implícito en nuestra naturaleza como animales racionales y sociales. No podemos sobrevivir sin el otro, por eso lo necesitamos; darse cuenta de ello y emplearlo como una tecnología social para el máximo beneficio comunitario es, como se lee en la célebre frase de Los Tres Mosqueteros “uno para todos, todos para uno”, de Dumas, la clave del éxito de nuestra especie.

ELENA BARRENDERO SÁNCHEZ

Profesor Ángel Ysern

“Todo producto es fruto de su contexto histórico”, una proposición aparentemente evidente y, sin embargo, muchas veces menospreciada u olvidada. Nuestro legado, al igual que el de muchas otras personas con las que actualmente compartimos existencia, viene dado por una serie de factores culturales, políticos y sociales.

No es humano olvidar toda tradición anterior a nosotros, no es humano hacer de menos todo lo anteriormente conseguido. Y no lo es menos aún cuando el cuidado de la sociedad sostiene la brújula que guía nuestros pasos, el cemento que sostiene nuestro tejado y los colores que iluminan nuestro destino. Somos todo eso que construyeron nuestros antepasados: todos los gritos que hoy resuenan a cada paso que damos, todas las palabras que no se quedaron atrapadas en las gargantas de quienes tuvieron miedo y todos los versos, acordes y pinturas que brotaron para hoy convertirse en eternos.

Por tanto, al igual que todas las producciones humanas que construyen el mundo en que vivimos, el cuidado tampoco ha de ser olvidado. Nos encontramos a nuestro alrededor infinitud de ejemplos que podrían dar forma a esta acción moral. No obstante, el análisis de esta virtud nos permite llegar mucho más allá.

En primer lugar, hemos de reconocer que el cuidado no es únicamente una facultad propia de la condición humana, ni una mera imagen del progreso del hombre, pues, sin deseo de contradecir a Margaret Mead, pensar que el cuidado resulta exclusivamente una acción moral que atañe al hombre es una visión bastante egocentrista. Son muchos los ejemplos de animales gregarios que dominan nuestra esfera, desde los mamíferos que cuidan a sus crías o crean estructuras familiares complejas, hasta los perros guía que se convierten en los ojos de personas con quienes también compartimos raza.

Y es que, el cuidado puede ser visto a la luz de Santo Tomás como uno de los deberes morales que guían y orientan la conducta del hombre hasta el fin último: la eterna felicidad. Ahora bien, ¿cómo vamos a hablar de felicidad cuando los deberes morales se convierten en obligación para sectores de la sociedad?

No es lícito hablar de felicidad en una sociedad castrante. Carol Gilligan, en su ética del cuidado, dismanteló que el cuidado se convierte en una carga histórica para muchas mujeres, para la mitad de la humanidad. Entonces, ¿puede el cuidado ser un deber moral cuando apaga los sueños de nuestras hermanas y los convierte en pesadilla rutinarias? Las mujeres han cargado desde la Antigüedad con el peso de co-

rresponder a sesgos genéricos y a políticas limitantes que, en lugar de intensificar su potencial, han reducido su presencia al acto de cuidar a los demás. Un ejemplo de ello lo encontramos en las mujeres que se ven obligadas a abandonar sus estudios, carreras universitarias e intereses culturales a causa de la maternidad o del cuidado de familiares longevos. Por tanto, y a la vista del capitalismo global que señala el texto, el cuidado queda muy lejos de ser algo que teje con bondad y cariño un hilo sobre el que mecemos toda la humanidad (sin distinción de sexo).

Sin embargo, y aunque este cuidado no sea valorado ni reconocido, viene dándose desde la Antigüedad. Nuestra sociedad, aunque aún no entrelace con total naturalidad los nombres masculinos y femeninos como se hace en el registro civil, sí que nos ha permitido conocer la labor de importantes feministas como Emmeline Pankhurst, quien sufrió muchas huelgas de hambre para que hoy nos alimentemos de sus victorias, o como Clara Campoamor, que regaló el voto a todas las mujeres futuras para que hoy naciera su recuerdo entre todos nosotros.

Atendiendo a Aristóteles, la clave de esta cuestión puede estar en abogar por el término medio. Pero ¿cuándo deja el cuidado de ser una preocupación generosa para convertirse en una acción interesada? Sólo tenemos que echar la vista atrás hacia nuestra inclinación en la guerra de Ucrania, el cuidado que ofrecimos a nuestros vecinos europeos con nuestra ayuda en la recogida de alimentos, la atención a expatriados, preocupación mucho menor cuando hablamos del conflicto de la actual Gaza.

Y es que los inmigrantes son otro grupo humano que ha sido injustamente deshumanizado. Según Kant, una buena acción o una acción moral será aquella que nazca de la propia libertad del hombre a elegir actuar de tal forma y no de otra. De ninguna manera una acción moralmente buena será la que se realice en vistas a alcanzar un fin o un bien supremo. Por tanto, el cuidar, ofrecer cobijo, dar atención o velar por el bienestar de quienes cruzan nuestras fronteras debería ser una acción desinteresada de todo aquel que actúe con buena voluntad. Sin embargo, no es lo que se encuentran muchos inmigrantes que buscan una vida mejor, un sitio al que pertenecer, un lugar en el que no tener que huir de conflictos políticos y persecuciones... Todos ellos, muchas veces desorientados y sin respuestas, únicamente se topan con personas que evidencian sus fallos a la nueva adaptación o miden su valor en función de su cartera. Sin embargo, estrellas comerciales de procedencia asiática o países africanos encuentran arropo entre nosotros. Un cuidado políticamente correcto frente al postureo y la hipocresía de la corrección.

Desde la perspectiva medieval de Santo Tomás de Aquino, debemos procurar tres cosas fundamentales: conservar nuestra existencia, cuidar de las personas que nos rodean y buscar la verdad. Esta última nos conduce, según Tomás, al encuentro con

Dios, el ser infinitamente perfecto. Para lograrlo, es esencial no olvidar el legado de nuestros antepasados y continuar, con respeto, sus logros y enseñanzas. Sin embargo, si las leyes que rigen nuestra sociedad no se ajustan a la ley natural, entonces dejan de ser verdaderas leyes y se convierten en una corrupción de la ley.

Entonces hemos de seguir la tradición moral, kantiana y obrar de tal manera que si todo el mundo actuara como nos estamos planteando, nosotros quisiéramos hacer de esa conducta una ley universal. Y son exclusivamente las personas interesadas las que quisieran bajar la vista ante situaciones de clara desigualdad (por sexo o raza, nivel de renta...) para beneficiarse de la acción conjunta de los sectores más vulnerables.

Hablar de un cuidado ético y moral será posible cuando nuestra principal preocupación sea construir una sociedad igualitaria y combativa. Debemos reunir nuestras fuerzas para dar forma a nuevos sueños de libertad, especialmente para quienes vieron desaparecer los suyos debido a su condición. Que los deseos de quienes actúan con generosidad se conviertan en logros, y que los de los egoístas sigan siendo solo eso: sueños. Y que la banda sonora de nuestro futuro sea como una nana cantada por una mujer vestida de colores en Kabul.

IRIA CONDE MARTÍNEZ

IES Príncipe Felipe

Hace 430.000 años, vivió y murió una niña en lo que hoy conocemos como sierra de Atapuerca. El cráneo 14, que los arqueólogos apodaron cariñosamente como Benjamina, sufría una afección conocida como craneosinostosis, que le provocó una discapacidad mental, así como una deformación física. Sin embargo, Benjamina llegó a cumplir los diez años, es decir, lejos de ser ignorada o repudiada, fue cuidada por el grupo. En el texto, se hace referencia a que colocar los cuidados en una posición central es una postura reciente, consecuencia de la “devastación íntima y planetaria que caracteriza a nuestro tiempo”. Desde Benjamina hasta hoy, numerosas culturas, corrientes filosóficas y religiones se han sucedido. ¿Cómo determina el contexto que nos rodea cómo cuidamos, a quién cuidamos y qué importancia le damos a esos cuidados?

Como casi todo en filosofía, debemos partir de la base de qué es un ser humano, cómo es su naturaleza. El texto presentado termina definiéndose como “sujetos de nuestros propios destinos”: Seres libres que pueden decidir y dirigir. Pero, y especialmente al hablar de cuidados, esta postura deja fuera ciertas partes de lo que nos hace humanos. No es una postura extraña, son muchas las corrientes éticas que así lo creen. Sin embargo, el ser humano se define por su propia vulnerabilidad, por su necesidad de otros. Por tanto, no somos libres ni podemos controlar nuestros propios destinos. Y es ahí dónde entran en juego los cuidados. Independiente de cómo, a quién y qué importancia le damos, cuidamos porque no podemos liberarnos de nuestras limitaciones y ser completamente libres. No somos invulnerables, estamos hechos de carne y hueso, somos mortales y, para nuestra suerte o nuestra desgracia, queremos, amamos, y, por tanto, cuidamos.

Partiendo de la base entonces que los cuidados son inherentes a nuestra naturaleza como humanos y, por tanto, siempre vamos a cuidar de una forma u otra, ya podemos cuestionarnos cómo cuidamos. Porque no somos homínidos, no cuidamos como ellos, ni somos visigodos tras la caída del Imperio Romano, ni somos una tribu perdida en el Amazonas. Somos, y se usa el plural mayestático para hablar de la sociedad occidental, una sociedad determinada con una concepción del mundo que nos rodea determinada y cuidamos en consecuencia. En esta disertación, nos centraremos en esta sociedad y se usarán otros casos para comparar, ya que, por limitación de tiempo y para ceñirse al texto, es la forma más adecuada de reflexionar.

La sociedad actual es una fuertemente influenciada por el hecho de que vivimos

en un sistema socioeconómico capitalista. La ley más básica del capitalismo es la ley de la oferta y la demanda, y por ella se rige cómo usamos nuestro tiempo, qué buscamos o a qué nos dedicamos. Nos empuja al individualismo y a perseguir, por encima de todo, el beneficio económico. Y esto presenta un problema fundamental: todo lo que queda fuera de la vida productiva, de las mercancías que podemos comprar y vender parece no tener cabida alguna. Y es aquí donde se enmarcan los cuidados. Para una sociedad capitalista, no se le puede poner precio a cuidar a un niño o atender a un anciano, por lo que automáticamente carece de valor. Aunque es cierto que son trabajos (profesor, médico, etc.), no se les paga por el acto de cuidar en sí, sino por cuidar, enseñar, limpiar, o lo que corresponda.

Si la sociedad capitalista no los contempla dentro del sistema, ¿dónde encajan los cuidados? La respuesta es que no encajan. Basta ver la consideración social que le da a los mayores, a los niños y a las personas dependientes: mucha de palabra, pero seguimos urbanizando, dirigiendo y pensando dejando de un lado a quienes más cuidados necesitan. El texto da una de las claves de este problema: “Desde la comprensión de que somos vidas que necesitan cuidados”. Es la clave precisamente porque no lo sabemos, no hay una verdadera comprensión de que, como seres esencialmente sociales, requerimos de cuidados. Los relegamos a una posición secundaria porque no son productivos, los hacemos invisibles porque, sencillamente, son un recordatorio de nuestra propia vulnerabilidad.

Volviendo a la pregunta que nos planteábamos al inicio, ¿cómo cuidamos? En nuestro contexto, cuidamos desde las sombras. Y aquí, de nuevo, el texto vuelve a darnos una de las claves: un punto de vista feminista. En una sociedad patriarcal, las mujeres son las encargadas de los cuidados. No es casualidad que estén invisibilizados, lo están porque pertenecen, o se pretende que pertenezcan, al ámbito privado, al familiar, a una suerte de “gineceo” moderno. Así, nuestra sociedad cuida a través de las mujeres, pero esto es un hecho fruto del contexto y no de la naturaleza. Desde un punto de vista arqueológico y antropológico, las pruebas parecen apuntar a que, en un inicio, los grupos humanos no dividían tan férreamente las tareas. Esa visión del hombre cazador y la mujer que cría a los hijos no es tan sólida como se nos ha enseñado. Es decir, cuidamos de la manera que se nos marca desde la sociedad. En patriarcado, eso significa a través de las mujeres y la familia, desde el ámbito privado.

Ya hemos determinado entonces cómo (en el sentido de quién los dispensa) y qué importancia le damos (prácticamente nula) Nuestra mirada debe dirigirse entonces a las personas que reciben estos cuidados. En principio, puede parecer claro. Las personas que reciben cuidados son aquellas que son vulnerables, los que requieren de otros. Sin embargo, podría ser un poco más complejo que eso. Para poder profundizar en

ello, debemos volver a poner nuestra atención en quién cuida y cómo lo hace.

A lo largo de esta disertación, se han tratado los cuidados desde su función como verbo, como acción, es decir, cuidar como un acto. Sin embargo, también son una forma de entender el mundo. No solo cuidan los individuos, también cuidan el tejido social, la comunidad, el grupo. Para ilustrar esto, podemos usar el ejemplo del archipiélago de Okinawa, en Japón, una de las regiones más longevas del mundo. Junto con la alimentación, también se achaca esa longevidad al *yumiura*, al sentimiento de pertenencia. Su vida se alarga porque no dejan de formar comunidad. De alguna forma, los cuidados son dispensados por el conjunto del grupo, diluyendo la figura del cuidador en favor de un tejido social fuerte.

Es decir, en una sociedad orientada a la comunidad, las figuras del cuidador y el cuidado se vuelven difusas, se unen en uno solo. Desde ese punto de vista, no cuidamos a los más vulnerables, sino que cuidamos como forma de afrontar el mundo y de vivir, más que como acto aislado. Sin embargo, esta perspectiva es algo utópica frente al individualismo imperante. Entonces, debemos preguntarnos de nuevo: ¿a quién cuidamos?

Esta es una pregunta que no tiene respuesta fácil, si es que la tiene. Los seres humanos, además de empáticos y vulnerables, también son vulnerables. Nos escandalizamos ante la desgracia cuando la sufrimos en carne propia o la vemos de cerca, pero cuando está lejos, cuando son solo imágenes de niños masacrados en un televisor, comidos por la codicia y la injusticia, no parecemos tener tanta disposición hacia el cuidado. Deshumanizamos la desgracia hasta el punto de separarla de los cuidados.

Esto no solo ocurre con la desgracia de otros seres humanos, sino también con la del mundo que nos rodea. El océano no tiene cara, no es humano, y por tanto no parece que entre dentro de nuestra conciencia. Kant excluía los cuidados de su imperativo moral porque pensaba que no nacían del deber moral sino de los sentimientos. Aunque esta idea de que los cuidados no son un deber moral parece contrario a la naturaleza, sí plantea una idea que puede explicar a quién cuidamos. Si los cuidados nacen del sentimiento, entonces cuidamos cuando esos sentimientos se despiertan, cuando la empatía propia de nuestra especie nos obliga a ello.

Para concluir esta disertación, creo conveniente hacer referencia a los inicios mismos de la ética del cuidado. La ética del cuidado nació con Carol Gilligan, que planteó una ética que no se basa ni en las consecuencias ni en los actos en sí, sino en las relaciones interpersonales. Y esas relaciones dependen completamente del contexto que nos rodea, de cómo funcionamos como sociedad. Así, respondiendo a la pregunta de la que partíamos, todos los aspectos de los cuidados están determinados por el contexto. Pero no podemos perder de vista que la sociedad, el contexto, lo

creamos nosotros. Cómo cuidaremos a la próxima Benjamina no será igual que hace 430.000 años, pero quizá debemos pensar que es nuestro deber y nuestro derecho construir la sociedad que queremos que cuide de ella.

REBECA ABRIL SANTOS

IES Villa de Valdemoro

¿Cómo de difícil resulta comprender que necesitamos que nos cuiden? Peor aún, ¿cómo de difícil resulta aceptar que necesitamos que nos cuiden?

Las palabras de Garcés son intrigantes: «...la comprensión de que somos vidas que necesitan cuidados y que somos capaces de cuidar a otros y al entorno.» Quizá sea el mero uso de la palabra «comprensión», que puede hacer pensar inmediatamente en cierto esfuerzo por acercarnos a algo ajeno a nosotros; «intenta comprenderme, por favor», nos pide alguien cuando estamos al borde del enfado. O simplemente el esfuerzo por comprender el enunciado del ejercicio que nos mira burlonamente desde el libro de texto, y que, cuanto más nos esforzamos por entenderlo, más absurdo parece. El caso es que comprender que tenemos la capacidad —y tal vez el deber— de cuidar a otros puede parecer sencillo a primera vista. Sí, hay personas que no se verán capaces de cuidar de otros. O que simplemente no querrán hacerlo (tal vez los llamaríamos egoístas, aunque es un tema que habría que ver más en profundidad). Pero, claro, hay gente de la que podríamos decir que tiene el instinto maternal muy desarrollado; gente como las enfermeras que lo son por vocación, que disfrutan cuidando a otras personas. Cabe preguntarse si aquellos que desean cuidar a los demás aceptan fácilmente que los cuiden a ellos.

Porque hay una diferencia importante entre «cuidar» y «ser cuidado.» Una diferencia que va más allá de cambiar la voz activa por la pasiva. ¿Es más difícil aceptar que alguien nos cuide? La respuesta corta es que, por supuesto, depende de la persona. De las circunstancias de cada uno. Pero hay algo en el acto de cuidar que es más profundo, que va más allá de las circunstancias individuales para llegar al corazón de un ser humano.

Para empezar, los cuidados implican vulnerabilidad. Cuidar a alguien conlleva, por lo menos temporalmente, que el cuidador y el cuidado no están al mismo nivel: «estás enfermo, yo te cuido.» Es de suponer que un cuidador que esté enfermo también no será de mucha ayuda. También en el caso de la paternidad hay un desnivel, que, hacia el final de la relación entre progenitor y prole suele invertirse. Una madre cuidó a su hijo una vez, cuando este era pequeño y dependía de ella, y algún día —siempre y cuando el hijo sobreviva a su madre, que es lo natural— será el hijo el que cuide de la madre. (A no ser, claro, que se desentienda y la anciana vaya a parar a una residencia geriátrica; pero, a lo largo de un extenso periodo histórico, el futuro de uno dependía de criar a los hijos que le alimentarían en la vejez.)

A pesar de que este es el «orden lógico», ¿a cuántos hijos no les resultará difícil aceptar que sus padres, a quienes siempre vieron como un soporte en el que apoyarse, pasan a ser el «débil», el «vulnerable» en su relación? El árbol firme y seguro en el que construyeron su casa de juegos ya no es capaz de soportar su peso. No es algo fácil de asimilar, para ninguna de las partes. Puede que los hijos se vean superados por la situación, y acaso los ancianos padres se vean como un estorbo. Esperemos que la mayoría de familias puedan sobreponerse a esta nueva situación, a este intercambio de papeles. Este elemento, la vulnerabilidad, es sin duda alguna fundamental en todos los cuidados. También hay que pensar en la responsabilidad —normalmente la del cuidador; tener a alguien a tu cargo no es cosa de risa—. Pero, cuando se habla del cuidado, hay algo más en lo que pensar: el afecto.

Para dispensar un buen cuidado, no basta con aceptar todas las implicaciones que hay, ni con ser «muy responsable». Hay que hacerlo con afecto, con cariño. ¿Por qué? Bueno, aceptar que uno es vulnerable y que debe ser cuidado no es cosa de risa. Tampoco aceptar que la responsabilidad de cuidar ahora es nuestra. Pero hay algo fundamental, que puede hacer que el proceso de cuidar se haga más asequible. Goethe escribió que «el amor es nuestra única salvación cuando encontramos que los méritos del prójimo son mayores que los nuestros.» Tal vez esto pueda aplicarse a ese momento en que nuestra vulnerabilidad es mayor que la del que tenemos al lado.

Sin embargo, sigue quedando algo más en el tintero. Ya no es solo la vulnerabilidad ni la aceptación de ella. También es eso que se le puede pasar por la cabeza al que está siendo cuidado: «¿por qué me están cuidando? ¿Cómo es que soy digno de que me cuiden? ¿Para qué pierden el tiempo conmigo?» En estos tiempos en los que es tan común la falta de autoestima, esta especie de síndrome del impostor, por el que aquel que lo padece siente que no merece los cuidados, también es algo a tener en cuenta en relación a la comprensión y aceptación de los cuidados, especialmente la aceptación por parte de quien los necesita. ¿Cómo contribuir a ella? Bueno, ahora parece más necesario que nunca pensar en las palabras de Schopenhauer: «cada ser humano debe verse a sí mismo como un ser necesario.» Tal vez, si las tenemos en cuenta, algún día aceptar los cuidados no será tan difícil como hoy.

Y no hay duda de que eso es algo que debemos desear.

MARTINA MUÑIZ VALENCIA

IES Calatalifa

A lo largo de la historia los cuidados han estado siempre presentes y han sido los pilares de la civilización humana. De hecho, la antropóloga Margaret Mead consideró que el primer signo de civilización no fueron las cerámicas ni las vasijas, sino un fémur curado, signo de que un individuo se había detenido para ayudar y cuidar a otro, capacidad que nos diferencia del resto de especies. En los últimos años, como hemos ido despreocupándonos cada vez más del bienestar propio y de las personas que nos rodean, dejando de esta manera a un lado nuestras raíces.

A pesar de que los cuidados cruzan todos los tipos de vida: medioambiental, animal, humana... la sociedad actual parece ir subida en un tren que va directo a estrellarse y a acabar con ellos, ya que nos estamos olvidando de su importancia y lo esenciales que son. Pero, ¿por qué cada vez los dejamos más de lado, como si no fueran con nosotros, cuando somos tan dependientes de ellos?

La respuesta a esta cuestión podría estar en el ritmo de vida que llevamos. Vivimos en una sociedad completamente capitalista, que nos empuja a trabajar durante largas jornadas para empresarios adinerados a los que solo parecen importarles dos cosas: el poder y el dinero. Los líderes de la sociedad no parecen preocuparse por temas que no vayan más allá de estos ámbitos, y, por supuesto, tampoco quieren que la sociedad y el proletariado lo hagan. Estamos sometidos constantemente a estímulos y mensajes en redes sociales y en la calle que intentan convencernos de que la mejor decisión que podemos tomar es trabajar duro para ganar dinero y así poder acelerar nuestro ritmo de vida, consumiendo cada vez más y más de manera repetida e intensa.

Se nos transmite que lo más relevante es nuestro estatus social y llevamos una vida que está dedicada completamente a intentar aumentarlo. Tomamos nuestras decisiones bajo una ética de máximos en la que el bien supremo son el trabajo y el dinero punto y seguido, pero en ningún momento se nos anima a centrarnos en nuestro bienestar físico y mental. Tan solo nos preocupamos por nosotros coma y por lo tanto, como inconscientemente esperamos que otros, ajenos a nosotros, nos cuiden.

Estos otros individuos que esperamos que cuiden de nosotros han sido históricamente las mujeres. El sexo femenino siempre ha estado relegado al ámbito privado y al hogar, mientras que el hombre se ha considerado una figura de poder que tenía la tarea de ir al trabajo. En la obra *El segundo sexo*, la escritora Simone de Beauvoir menciona que esta limitación de las mujeres al ámbito doméstico está profundamente ligada a su “destino biológico”, es decir, a su capacidad de dar vida. Opinión que com-

parto, ya que, bajo mi punto de vista, siempre hemos esperado que nuestras madres o abuelas cuiden de nosotros por el mero hecho de tener un vínculo natural con ellas.

En mi opinión, esta diferenciación entre las tareas de ambos sexos, impuesta a lo largo de los siglos, supone un gran problema para las nuevas generaciones que están sometidas al frenético ritmo de la vida capitalista del que hablábamos antes. Hasta ahora la población trabajadora (los hombres) siempre habían tenido alguien que les cuidara, pero hoy un día ambos sexos trabajan y llevan vidas basadas en la esfera pública. Esto deja un gran vacío en la sociedad, ya que a partir de las nuevas generaciones no habrá parte de la sociedad que esté relegada a cuidar.

Los pilares de la civilización humana son los cuidados, y sin nadie que se encargue de ellos, estamos sometidos al derrumbamiento de la calidad de la vida actual. Somos egoístas por naturaleza, pero bajo mi punto de vista, deberíamos pararnos a pensar en lo dependientes que somos unos de otros y olvidarnos de nosotros mismos por un instante. La vida es un círculo con un inicio y un final que nos deberían recordar la importancia que tienen el resto de las personas para nosotros. En nuestros primeros y en nuestros últimos años somos títeres en manos de quienes deciden cuidarnos, pero esto parece irrelevante en la larga de carrera entre ambas etapas, en la que se nos olvidan nuestros orígenes y nuestro final inevitable, y decidimos preocuparnos tan solo por nosotros mismos.

En conclusión, actuar de tal manera es como tirarnos piedras sobre nuestro propio tejado, dado que al fin y al cabo todos vamos a acabar necesitando ser cuidados; y si la sociedad tan solo se comporta de manera egoísta y no nos preocupamos los unos de los otros, será nuestro comportamiento actual el que acabe sentenciando nuestro final. No deberíamos olvidarnos, por lo tanto, del Imperativo categórico de Kant: a “Actúa de tal manera que la máxima en la que basas tus acciones sirva como norma moral universal”. Si todos lo aplicáramos, la sociedad sería mucho más consciente de la importancia de los cuidados y su papel fundamental en el mantenimiento de la vida actual.

IRENE MUNTENITA CEACEA

IES Santiago Rusiñol

¿Son los cuidados la base necesaria para mejorar nuestro futuro?

A lo largo de la historia los seres humanos hemos logrado aprovechar los recursos que nos otorga la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades. Sin embargo, en las últimas décadas, se ha comenzado a dar de sí el planeta y de esta manera los humanos hemos acabado adoptando una actitud antropocentrista frente al mundo, siendo esto la creencia de que el ser humano es el centro de todo y por tanto el mundo gira en torno a él. No solo eso, sino que el ser humano puede hacer lo necesario para estar satisfecho. Es entonces cuando los cuidados se convierten en esa base fundamental, que necesita ser enseñada, para adoptar una visión biocéntrica y de esta manera las generaciones futuras puedan disfrutar también de estos recursos. Comenzaré reflexionando sobre la teoría del cuidado de Carol Gilligan y cómo puede ser aplicada en la sociedad para prevenir catástrofes futuras.

La teoría de Carol Gilligan está fundamentada en los cuidados, su teoría comenzó cuestionando la de su maestro, Lawrence Kohlberg ya que éste afirmó que las mujeres no podían poseer un grado de conciencia moral plenamente desarrollado debido a que eran inmaduras emocionalmente. Fue entonces cuando Gilligan comenzó a analizar la situación de todas estas mujeres y se dió cuenta de que Kohlberg no se había parado a analizar el contexto social en el que estaban situadas estas mujeres y la educación que habían recibido. Prácticamente la tesis de la teoría de Gilligan afirmaban que no existe un único camino para lograr poseer un grado de conciencia moral alta que en este caso sería la cantidad de remordimientos o qué tanta culpa siente una persona al realizar una acción. Para lograr alcanzar la conclusión de que los valores de la responsabilidad y el cuidado están por encima del deber y la justicia, Gilligan se basó en su teorización feminista seguida de dos premisas; la primera destacaba que nuestra sociedad está basada en un sistema sexo-género; y la segunda que este sistema sexo-género consistía en la dominación patriarcal de un grupo (hombres) sobre otro (mujeres).

En adición, Gilligan para posteriormente sustraer estas conclusiones se cuestionó, es decir, comenzó a preguntarse el por qué de las conclusiones de su maestro, trato de encontrar el origen del problema cuestionando y así es como puso en práctica el pensamiento crítico. Por otra parte, mientras en el día de hoy los humanos poseemos una visión antropocéntrica del mundo, existe una visión biocéntrica. Esta visión bio-

céntrica seguida de la teoría de Gilligan del cuidado consiste en tomar en cuenta al ser humano como otro ser vivo en el planeta y lograr que éste sea capaz de vivir en armonía junto al medioambiente. No solo eso, sino que como bien dice en el texto “Ocupa una posición cardinal en la respuesta crítica a los efectos del capitalismo global...”, a raíz del biocentrismo nace la teoría del decrecimiento la cual se basa precisamente en lograr reducir las gigantes consecuencias que está causando el capitalismo desenfrenado. Esta teoría está basada en el hecho de consumir menos, de parar crecer industrialmente y al haber alcanzado un nivel de vida y un bienestar estable, tratar de mantenernos en lugar de seguir creciendo sin parar.

A la hora de cuidar de uno mismo y cuidar de los demás son conceptos interpersonales ya que van ligados. Para ser capaces de cuidar de nuestro entorno debemos primero conocer que es el cuidado ya que al igual que dijo Sócrates “uno no hace mal a sabiendas”. Es por eso que para ser capaces de cuidar de uno mismo y así cuidar de los demás para poder vivir en sociedad y de esta forma ser capaces de cuidar de nuestro entorno es necesario que se enseñe y eduque el concepto del cuidado sus bases y de qué forma beneficia al planeta. En definitiva debido a catástrofes climáticas sucedidas en el pasado y a un crecimiento imparable del capitalismo a nivel mundial que tan solo causa penurias a los más vulnerables, se podría comenzar a plantear la necesidad de enseñar que el concepto de los cuidados es algo fundamental para lograr formar una sociedad más igualitaria respecto a oportunidades entre hombres y mujeres, más sostenible adoptando una visión más biocéntrica, y más justa socialmente para alcanzar un bienestar social pleno. No obstante, ¿debemos ser nosotros los que les enseñamos esta teoría a las generaciones futuras o comenzar a ponerlo en práctica en primera persona y así predicar con el ejemplo?

CRISTINA MARTÍNEZ DE LA CASA MATILLAS

*Kensington School**¿Cuidar es un acto voluntario?**BOB – Cristina Martínez de la Casa*

El ser humano, desde su origen ha sido dependiente de los de su especie. Ha tenido siempre la necesidad de agruparse para protegerse unos a otros lo que pone en relieve ese impulso natural a ayudar y pensar en el prójimo. De hecho, ahí es donde aparece el término de cuidar. Esta palabra proviene del verbo latín “*cogitare*”, cuyo significado es pensar. Por ello, la raíz de cuidar a alguien es pensar en esa persona. Sin embargo, ¿cuándo deja de ser una acción voluntaria para convertirse en una obligación, ya sea moral o social? Esto lleva a cuestionar las estructuras éticas y culturales de nuestra sociedad.

Los cuidados llevan consigo una obligación moral. Aunque sea inconscientemente, los humanos, tienden a sentirse en deuda al recibir cualquier tipo de ayuda. En esta sociedad, no es extraño ver convivir a más de tres generaciones en un mismo hogar. De hecho, los abuelos comienzan cuidando a los nietos y cuando estos crecen, estas personas mayores que se encuentran en un punto vulnerable deben ser cuidadas por sus hijos, presionados a devolver los favores que previamente estos abuelos hicieron por ellos. Es un círculo vicioso, un sentimiento de ayudar al prójimo, pero siempre esperando una respuesta a cambio. Siempre dando por hecho que en el momento de máxima vulnerabilidad alguien va a estar ahí para de algún modo devolver los cuidados brindados en un pasado.

Tal y como menciona el texto, los cuidados son una forma de justicia social. No obstante, una justicia óptima debe tener su origen en la libertad. La aparente libertad que nos ofrece esta acción no es más que una deuda enmascarada en generosidad y empatía. Precisamente, en muchos casos incluso se da más peso al cuidado del prójimo en lugar de priorizar al de uno mismo. Tal es esa presión social que ejercen los cuidados que en casos, como advirtió Beauvoir, estos pueden acaparar la identidad de uno mismo. Ese encadenamiento a priorizar la integridad del de al lado, lleva a la pérdida de uno mismo. A un cansancio incontrolable que no frena únicamente en el agotamiento físico. Más bien, como mencionó Freudenberg adoptando el término *burnout*, implica una confrontación directa con el estrés o incluso con problemas de mayor seriedad como la depresión. Los cuidados no pueden utilizarse para dar res-

puesta a una aparente justicia social. Una sociedad realmente equitativa, necesita tal y como mencionó John Rawls una justicia distributiva. Una división de obligaciones tanto morales como sociales. Una sociedad que se ciña a la voluntad, brindando así inconscientemente mejores cuidados.

Los cuidados, además generan más debates implícitos. En un mundo en el que se lucha por un progreso constante, todavía sigue habiendo injusticias sociales por una falta de reconocimiento a actividades como los cuidados. Un claro ejemplo es el feminismo. Constantemente, hay manifestaciones por un aumento de derechos de la mujer. Sin embargo, a la hora de reconocer su profunda participación en el trabajo de cuidar, esta tarea se vuelve invisible. La tarea a la que dedican la mayor parte de sus recursos y tiempo parece ocio. Lo único que esto ocasiona es un mayor aislamiento social y una menor independencia económica. En el pasado, una mujer estaba obligada a brindar cuidados. Esta es una de las principales razones por las que el debate de género comenzó. Por lo que, ¿no es necesario que las cuidadoras reciban un justo reconocimiento en lugar de ver esta tarea como algo invisible y sin importancia?

Los cuidados son la solución a la mayoría de los problemas que rodean diariamente al ser humano. Como menciona el texto, ya sea a un ser humano o a la naturaleza en sí, cuidar es la raíz para solventar un dilema. Llevar a cabo propuestas o acuerdos internacionales con el fin de terminar con el calentamiento global, es una forma de cuidar. Cuidar significa pensar. Por lo que pensar en mejorar el planeta con el fin de evitar consecuencias, es un acto de cuidar.

Nuestras vidas requieren cuidados. Sin apoyos el ser humano no es capaz de desarrollarse. Tal y como menciona Carol Gilligan en *In a Different Voice*, cuidar es una forma de mostrar esa dependencia, ese afecto. Eso es lo que precisamente hace que estemos sujetos a esa necesidad de ayudar al prójimo. Todo ser humano parte de una dependencia absoluta, de un momento de máxima vulnerabilidad. Así es como empieza la vida, poniendo en relieve y enfatizando que el individualismo es incompatible con la sociedad. Es el principio de un círculo que termina o más bien, se cierra, una vez más, con una dependencia absoluta. La vida desde el principio hasta el final hace hincapié en esa necesidad de cuidados. Por ello, de alguna manera, tal y como se dice en el texto, el ser humano está sujeto al destino de esta actividad.

La libertad de un ser humano, de regir su propio destino, se limita a la hora de buscar una independencia total. Por un lado, las cuestiones morales atormentan a la hora de huir de los cuidados. ¿Es ético abandonar a alguien que en algún momento ha ofrecido su ayuda?

La actividad de cuidar tal vez pueda ser disfrutada pero internamente no es una voluntad. Inconscientemente, es una obligación, una obligación a la que está sujeto el

ser humano de una forma involuntaria. Es de crucial importancia, aceptar ese encadenamiento a la dependencia. Sin embargo, estos cuidados deben de ser brindados de una forma sana en la que la integridad tanto física como psíquica de los cuidadores no se vea alterada. El equilibrio ideal entre cuidar y libertad es la clave para el desarrollo de una sociedad dependiente pero justa.

MIRANDA MORENO CÁDIZ

*IES Isabel la Católica**El cuidado como respuesta humana al cambio*

En esta disertación voy a defender que el cuidado nace del ser humano como respuesta a los constantes cambios a los que estamos sometidos en una sola vida. Empezaré con la premisa de que somos seres libres, sujetos a nuestras propias decisiones, a la incertidumbre. A causa de esta libertad nos vemos obligados a actuar, establecer relaciones, estar en comunidad. Como sociedad siempre nos hemos defendido ante los cambios que nos han rodeado.

Un ser humano vive, en promedio, hasta los setenta años de edad. Es cierto e indudable que en este recorrido una persona se encontrará perturbada por el entorno que le rodea. Desde que nace se ve maravillado por el mundo que le rodea: estira los brazos en busca de nuevas texturas, fija sus ojos en diversos objetos, olfatea y oye. Cuando ya vamos creciendo este mundo se apaga, lentamente va perdiendo su sentido. El ser humano no ha nacido con un deber, pues él es quien debe encontrarlo. A lo largo de este exhausto recorrido, cuando ya nos encontramos en nuestro fin, es cuando nos podemos dar cuenta de que hemos vivido de forma conjunta, con ayuda de nuestros seres queridos, de nuestros amigos, de la comunidad que nos rodea.

El ser humano nunca ha podido construirse a sí mismo, siempre ha necesitado apoyo externo, ya sea de aquellas personas más cercanas a uno o aquellas totalmente ajenas a nuestra vida. Tal y como se expresa sobre el cuidado en el texto de Marina Garcés: «(...) Ocupa una posición cardinal en la respuesta crítica...» El cuidado es primordial para existir plenamente, para construir una sociedad funcional: si una sola persona se encargará en cuidar de una gran ciudad, jamás sería capaz de lograrlo. Es en este constante enredo de conexiones humanas donde podemos encontrar la verdadera paz, donde podemos vivir tranquilamente.

El cuidado es una respuesta al cambio, una causa y una consecuencia del cambio. Esta acción se ha posicionado por encima de cualquier otro deber humano: el cuidado nos rodea. Desde que nacemos somos cuidados e incluso después de la muerte. El cuidado ha supuesto para la humanidad un rasgo principal en la convivencia. Nos hemos revolucionado a causa de la escasez de cuidado, cuando hemos temido por nuestra seguridad y por la seguridad del otro. Por esta misma razón, el cuidado ha ido tomando un papel más importante referente a los problemas que nos rodean. Ahora en la actualidad el cuidado ha adoptado una posición principal como respuesta a los

cambios que, ahora, nos rodean. Cuando finalmente comprendemos que somos seres necesitados de ser cuidados y entendemos que tenemos que cuidar de otros y a su vez cuidar el entorno que nos rodea, es cuando finalmente podemos ser libres, actuar de forma plena. La libertad a la que estamos sometidos se hace tangible cuando somos capaces de preocuparnos, de estar atentos, de cuidar.

En conclusión, el ser humano se encuentra sometido a un sin fin de posibilidades, pues es lo que dictamina nuestra existencia. Dentro de esta infinitud de posibilidades nos hemos dado cuenta de la gran necesidad que tiene el hombre de cuidar y ser cuidado: el cuidado nos ayuda a construirnos y a construir la comunidad que nos rodea. A su vez, el cuidado ha actuado como respuesta al inevitable cambio. Cuando nos vemos amenazados por el cambio, hemos actuado en comunidad, protegiéndonos, cuidándonos... La mirada que cada uno tiene sobre el cuidado es distinta, pero todos podemos confirmar que es el cuidado lo que nos ha ayudado a seguir adelante y a luchar.

IRIA ROBLEÑO GONZÁLEZ

IES Gerardo Diego

Este texto propone el análisis del cuidado desde distintas perspectivas, como desde la ecología o la justicia. Sin embargo, también sugiere que, a pesar de ser capaces de proporcionar cuidado a otros desde todos estos ámbitos, el estado tanto de los individuos como del mundo global sugiere una falta de cuidado significativa. Esto me lleva a la pregunta: ¿cómo afectan nuestros afectos personales a la hora de proporcionar cuidados al resto o a nosotros mismos?

Mi pregunta puede aplicarse a un caso tan conocido y clásico como lo es el dilema del vagón en marcha. La premisa es simple: hay dos carriles, en uno hay cinco personas atadas a las vías, en otro hay solo una; puedes cambiar la dirección del tren pero no puedes frenarlo. En estos casos, la gran mayoría de la gente se guiaría por cantidad de casualidades y elegiría matar a una sola persona en vez de a cinco. Ahora bien, este problema se puede complicar de muchas formas, una de ellas es estableciendo una conexión personal entre el que toma la decisión y la persona que está sola en uno de los carriles.

A la hora de decirles que esta persona es su madre, pareja o mejor amigo, muchas personas cambian su respuesta para salvar a ese individuo que es importante para ellos y sacrificar a los cinco desconocidos. Esto sugiere que siempre que haya un vínculo emocional o un afecto personal hacia una de las partes implicadas, nuestra respuesta a ese problema será considerada de forma diferente e incluso con más detenimiento.

Si tenemos lo anterior en cuenta, podemos deducir que la indiferencia de gran parte de la población hacia problemas globales como guerras o el cambio climático se puede deber a que no se sienten realmente conectados a estos. Puede ser más una cuestión de números para ellos, no de vidas o moralidad. Puede que al no ser una cuestión personal, se guíen más por la abstracta “justicia social”. Lo que, desde su punto de vista, es justo o injusto, útil o inútil. De forma que se pueden mantener al margen o incluso desentenderse por completo si lo consideran pertinente.

Sin embargo, si bien esto se aplica al descuido general hacia lo global, no explica nuestra desatención hacia nosotros mismos. Si nos dirigimos una vez más al caso del vagón en marcha, hay gente que, en ocasiones extremas (si, por ejemplo, en un carril está su madre y en otro su padre), trata de dar como respuesta válida su propio sacrificio a cambio de la vida de sus padres. Y, aunque es inconmensurablemente más fácil dar tu vida en escenarios hipotéticos que en la vida real, la respuesta sigue siendo esa.

Y es que a menudo (en situaciones menos extremas) el sacrificio es un camino más sencillo que enfrentarse a decisiones difíciles, tus propios errores o tus problemas más íntimos.

Frecuentemente, en vez de analizar nuestras emociones u opiniones sobre un evento, encontramos que es más fácil entretenernos cuidando a otros o a nuestro entorno. Muchas veces el cerebro trata de encontrar el camino que ofrece menos resistencia, el cual tiende a ser el que directamente no aborda el problema. Por esto, aunque nosotros mismos seamos nuestro afecto más personal, tendemos a automáticamente “sacrificar” nuestro cuidado por el de otros, para evitar lidiar con nuestras propias malas decisiones y sentirnos mejor con nosotros mismos porque estamos cuidando de otra persona o cosa aunque solo lo estemos haciendo para distraernos.

Ahora bien, ¿de dónde viene esa ansia por enfocarnos en otros? Podría decirse que nosotros mismos estamos “condicionados” a poner a otros por encima de nosotros. En especial las mujeres, afectadas por la visión patriarcal predominante a lo largo de la historia, tienen como “deber” cuidar de sus hijos, su partido, sus hermanos y sus padres antes que de sí mismas, Y es que es preferible que tengamos la idea de que lo primero es el trabajo, los estudios, la reputación... antes que nuestro propio bienestar. Es más, el autocuidado ha quedado completamente acaparado por el capitalismo y el consumismo, de forma que si decides priorizarte es para comprarte una mascarilla o una crema y no para realmente preocuparte por tu salud mental.

Hoy en día, la inmediatez es de las características que más se valora. Concienciarnos de problemas externos o resolver nuestros conflictos internos quiere de un tiempo y un esfuerzo que no siempre estamos dispuestos a ceder. Esta forma de pensar está principalmente dirigida por el capitalismo y la sociedad consumista en la que vivimos. Y es por eso que, aunque muchas veces el cambio esté en nuestro poder, preferimos mantenernos en la ignorancia y entretenernos con otras cosas antes que ir en contra de la corriente y esforzarnos por abrir nuestras fronteras a problemas más complejos y contradictorios; no sólo de forma objetiva, sino poniendo nuestra alma en ello también.

ÁNGEL PORRAS PARDO

Kensington School

¿Son necesarios todos los tipos de cuidado desde el punto de vista individual?

Vivimos en una sociedad en la que los cuidados han pasado más allá de un gesto de respeto y bondad, para convertirse, como sostiene Carol Gilligan, en un imperativo ético. Existen tres niveles de cuidados: el autocuidado, sin duda el menos contemplado; el social o familiar, el cual es muchas veces dado por hecho, y es el menos agradecido; y el medioambiental, nuestra asignatura pendiente. Pero, ¿hasta qué punto podemos, como individuos, prescindir de uno o varios de estos niveles o tipos de cuidados?

Teniendo en cuenta que para una vida en sociedad absolutamente perfecta y utópica es necesaria la existencia de los tres niveles, se va a obviar la necesidad de impulsar al máximo toda iniciativa que los promueva. Sin embargo, bien es cierto que muchas personas viven aparentemente vidas plenas sin tener alguno de estos pilares, que parecen interdependientes, como parte de sus vidas. Pero, ¿son realmente felices? ¿Es necesario alcanzar un dominio y maestría absolutos en las tres principales áreas del cuidado para llegar a la felicidad y a la plenitud existencial? No, no lo es. El ser humano es imperfecto por naturaleza, y la búsqueda de este total dominio en todas las áreas del cuidado le llevaría a un profundo desgaste que mataría el objetivo.

En primer lugar, el autocuidado se ve gravemente afectado cuando un individuo pone todo su esfuerzo en cuidar de sus relaciones sociales, familiares o de enfermos. Existen ejemplos de enfermeros que dejan atrás sus vidas, llegando a descuidar aspectos básicos fundamentales del ser humano como la higiene personal, el sueño y la nutrición, así como de ejecutivos que dejan atrás sus trabajos para cuidar de su madre enferma. El problema radica en la injusticia que supone que una persona se entregue por completo a una causa, intercambiando su vida por la del enfermo. El cuidador deja de ser persona cuando da su vida por el enfermo.

En cuanto al efecto del cuidado medioambiental en el autocuidado, este no debe convertirse en una obsesión para ningún individuo. Aunque sea un problema que consterne a muchos por su innegable relevancia e importancia para las generaciones futuras, cada uno tiene su mochila encima, y se deben aportar, en comunidad, pequeños granos de arena, y no grandes esfuerzos individuales. Resulta inédito que gente dedique su vida a cuidar del medioambiente, descuidándose enormemente a sí mismos, pero es algo que ocurre desde que se ha dado relevancia al problema, y cada

vez es más frecuente.

El cuidado hacia los demás plantea otros problemas: ¿es necesario en sí mismo? ¿Vamos a sentirnos más realizados si cuidamos de los demás? La realidad es que sí, se ha demostrado que el cuidado interpersonal contribuye a la felicidad del individuo, independientemente de la personalidad. Incluso los grandes narcisistas de la historia han necesitado tener algo o a alguien a su cargo, ya sea una mascota o una familia. Es evidente, por tanto, que al ser humano le complace dar, por naturaleza. Pero no por ello no le complace recibir, y en muchos casos busca esa validación en el autocuidado, el cual puede convertirse, como todo tipo de cuidado, en un peligroso vicio. En el momento en el que nos obsesionamos con nosotros mismos, perdemos la generosidad que se nos ha otorgado, dejando el cuidado hacia los demás en un segundo plano. Sin embargo, el cuidado hacia el medioambiente afecta de distinta forma a este cuidado a los demás. Al ser dos cuidados que se basan en dar, en exteriorizar nuestro espíritu interior, son, en la mayoría de los casos, compatibles entre ellos.

Centrarse profundamente en ambas formas de cuidar llevaría a un total descuido personal por falta de tiempo y motivación. Poner demasiado empeño en dar es una cualidad propia de aquellas personas que no sienten realización en cuanto a su propio desarrollo personal, lo que implica una grave crisis existencial. Esto impediría una vida plena, y obligaría al perseguidor de la felicidad a reducir sus empeños en los dos campos del cuidado que está sobreexplotando.

Por último, el cuidado del planeta es el más abandonado, y, por tanto, el más polémico. La exploración de las causas de este conflicto global nos lleva a concluir que tiene que ver con que la población en general lo está dejando de lado como forma de cuidado, poniendo sus esfuerzos absolutos en el autocuidado y el cuidado hacia los demás. Otra evidencia más de que, si se pone todo el foco en dos formas de cuidado, la otra queda gravemente apartada o, incluso, completamente abandonada.

Habiendo repasado las tres posibles formas de cuidado y la compatibilidad entre ellas, es pertinente llegar a la conclusión de que el secreto para una existencia plena como individuos está en el equilibrio entre estos tres aspectos. Si dos, o incluso uno de ellos son sobreexplotados, la atención que se pone en el otro disminuirá radicalmente. Se debe encontrar el punto en que se cumplan todas nuestras necesidades como cuidadores para sentirnos realmente satisfechos.

Como todo problema filosófico existencial, concluir algo tan utópico conlleva la aparición de nuevos problemas. Saber la forma de alcanzar la felicidad mediante el dominio de los cuidados es necesario, pero el próximo paso es el aspecto práctico. ¿Cómo alcanzamos este total equilibrio tan supuestamente reconfortante? Es más, ¿alguien alguna vez lo ha alcanzado? La búsqueda de la felicidad es un tema que pre-

ocupa a la humanidad desde siglos atrás, y parece que la ética del cuidado comienza a acercarse a un método para encontrarla.

SARA PRIETO APARICIO

*IES Sierra de Guadarrama**¿Es el cuidado necesariamente natural?*

En el texto siguiente de la filósofa española Marina Garcés se introducen varias cuestiones de forma expositiva como verdades comúnmente aceptadas, tal y como el enunciado “*desde la comprensión de que somos vidas que necesitan cuidados y que somos capaces de cuidar el entorno (...)*”. En última instancia, el enunciado siguiente afirma una cuestión aparentemente evidente. Implica desde una perspectiva antropológica que somos cuidadores y necesariamente cuidados por otros de nuestra especie. Ciertamente, al ser seres eminentemente sociales (en términos aristotélicos, *zoon politikón*) se produce un fenómeno natural que implica cuidado, que surge como respuesta al amor. En los campos más evidentes, el amor maternofilial o paternofilial indica e implica una necesaria crianza, un cuidado. Ahora bien, ya que somos (o así supongo yo) filósofos, cuestionemos, abriendo un paréntesis de la crianza —aunque suponga una grave dificultad— que esto sea cierto; ¿es realmente natural y por ende, necesario el cuidado hacia otros y nosotros mismos?

Desde estados primigenios, dependemos completamente del grupo en relación a esta causa, desde los médicos a los que se encargaban de crear nuevas infusiones medicinales. De hecho, algunos filósofos indican que es la esencia verdadera de nuestra naturaleza humana; así pues, respondiendo como Garcés a la pregunta. Margaret Mead propuso que la civilización comenzó por primera vez cuando un fémur que había sido partido, apareció curado. Es decir, que los primeros *seres humanos* fueron el cuidador y el curado.

Otros no estuvieron de acuerdo con ella como William Golding en su famosísima novela *El señor de las moscas* inspirado por Thomas Hobbes y su antropología de “*El hombre es un lobo para el hombre*”. La filosofía más humanista hubiese concordado con Mead, pero tomemos el caso de esta novela, cuya premisa es que en los estados naturales del hombre el cuidado es olvidado y surge únicamente guerra —así como le ocurre a Jack y sus compañeros—. Ahora, tomemos esto y apliquemoslo a la sociedad contemporánea cuyo sistema económico es el capitalista, basado en los principios de la competitividad. Se podría asemejar a un estado de guerra crónica en busca de unos recursos, tal y como explicó Hobbes, así existe un estado de competición perpetuo. Teniendo este estado donde todos los hombres han olvidado el cuidado (como en *El señor de las moscas*); ¿es el capitalismo una forma de gobierno por la cual las personas

han perdido la capacidad de cuidar?

El ejemplo de Estados Unidos no falla al no haber una sanidad pública para todos sus ciudadanos. Así como explica Garcés, el cuidado en el sistema capitalista es olvidado: “*desde un punto de vista feminista, ecologista y de justicia social*”. ¿Podría el capitalismo en el que vivimos estar relacionado con nuestro estado de naturaleza?, ¿es de alguna manera, el capitalismo innato? Debo decir que no estoy de acuerdo con estas dos últimas, sino que opino igual que Mead y la autora del texto, Marina Garcés, que lo afirma con tanta seguridad: *somos cuidadores y necesariamente cuidados*.

Entonces por naturaleza, los hombres cuidamos. Incluso algunos de los filósofos más liberales incluían en su filosofía los rudimentos de un estado de bienestar, tal y como Jeremy Bentham y John Stuart Mill, que de acuerdo con el utilitarismo, buscaban la mayor cantidad de felicidad para el mayor número de personas. Esto es una prueba directa de que incluso el *capitalista es cuidador y necesariamente cuidado* de manera innata.

Estoy bastante convencida de que lo que le ocurrió a los niños de la novela de Golding fue una simple falta de vínculos afectivos entre ellos. Prolongaré el argumento de la novela según mi tesis —¿y si los niños hubiesen seguido en ese estado de vida primitivo?— A pesar de haber matado a Piggy, el niño gordito y haber transicionado por completo a ese estilo de vida, los niños hubiesen creado vínculos y desarrollado el amor. En esta situación, si uno de ellos se hubiese roto el fémur, entre todos, le habrían curado —o al menos cuidado, teniendo en cuenta su escaso conocimiento sobre la medicina—.

Ahora bien, esto solo sería cierto si el niño del fémur roto es *querido*, por supuesto, ya que creo firmemente que el cuidado es solo practicado hacia los seres queridos, por naturaleza también. Freud critica en su ensayo *El malestar en la cultura* el mandamiento bíblico: “*amarás al prójimo como a ti mismo*” y lo considera antipsicológico. Además se prolonga explicando que los enemigos no deberían de ser cuidados, sino que lo más común psicológicamente, sería asumir lo contrario. Es decir, volviendo a la novela, los niños asalvajados, mataron a Piggy porque no le querían, de hecho, le despreciaban. Esto explica su triste muerte—que no justifico bajo ninguna circunstancia—.

Por lo tanto, aunque rechazo el argumento de Golding y su filosofía, no encuentro ninguna falla en su lógica del marco temporal que retrata, ya que los niños no se querían. No obstante, solo quedaba prolongar la novela para llegar a la conclusión de que en efecto, *somos cuidadores y necesariamente cuidados*. Cabe recalcar entonces que al ser el cuidado una manifestación del amor, es necesario que sea innato, tal y como explicó Rousseau en su antropología —los hombres por naturaleza se dejan llevar por

dos sentimientos, amor a sí mismo y amor a sus semejantes. De esta manera, cuando Garcés afirma que el cuidado en el sistema capitalista es olvidado: “*desde un punto de vista feminista, ecologista y de justicia social*”, es sinónimo a afirmar que estos no son los objetos¹ del amor del capitalismo.

Otra forma de cuidado en la que se expone de forma evidente la naturaleza humana de este, es la de los cambios políticos y sociales. Pensemos en otra novela *Rebelión en la granja* de George Orwell. Los animales al comienzo de esta se han visto descuidados por el Sr. Jones; tienen hambre y el granjero solo se emborracha. Los animales tras un discurso inspirador del cerdo mayor (cuestión a la que volveré luego) se rebelan. ¿Es entonces la rebelión una respuesta al descuido? Creo que estos dos factores están muy relacionados, ya que muchas de las revoluciones ocurridas a lo largo de la historia han sido una respuesta del descuido por parte de la soberanía.

La respuesta crítica de la que habla Marina Garcés en el texto podía suponer una rebelión ante el capitalismo que ha hecho sufrir descuidos. Marx habló de esto y consideró que tanto el esclavismo como el feudalismo y el capitalismo eran necesarios para llegar a una sociedad utópica comunista—digamos, donde no existe el descuido...— Así pues surgió la revolución que aparece simbolizada en *Rebelión en la granja* (aunque más tarde podemos comprobar que en la URSS no desapareció el descuido). La cuestión que planteo es que para producirse un cuidado, antes ha debido de haber un descuido y así se podría rectificar (ensayo-error). Por naturaleza entonces, *somos necesariamente cuidados*, y si esto no se produce, nos rebelamos.

En términos más cercanos, ocurre una pequeña rebelión en cada relación interpersonal. Si se produce un desequilibrio en la balanza de los cuidados —es decir un descuido— de un objeto particular, no esperemos que este vaya a consentirlo, Por ejemplo, en una relación de pareja, si no existe el cuidado, parece que la relación queda reducida a nada. Y si únicamente existe por una de las partes, entonces el restante sufrirá la ruptura.

Otro ejemplo de la tendencia natural humana del cuidado es la intelectualidad. La etimología de la palabra *cuidar* proviene del latín *cogitare* y se refiere a “perseguir algo en mente”. La filosofía desde la Antigua Grecia, es en sí misma, una forma de cuidado; esto va desde la filosofía de los estoicos hasta la filosofía del cínico Diógenes el perro, cuya forma de cuidado no parece evidente a primera vista... Sea como sea, los hombres piensan —*cogitant*— y así cuidan de sus seres queridos. Freud explicó que uno de los factores del cual nace la civilización es la conquista del fuego. Los hombres, según este, tenían una tendencia erótica de orinar sobre el fuego para sofocarlo, y esto era

1 Objeto referido al complemento directo del verbo, es decir el receptor, en este caso el receptor del amor del capitalismo.

supuestamente placentero. Un día uno de los primitivos pensó —*cogitavit*— y se dio cuenta de que podía utilizar este fuego para cuidar a los demás (ya sea por el calor que brinda, la desintoxicación de los alimentos, etc.). También explicaba que la creación de herramientas era otro de estos indicios de civilización. Estos dos ejemplos de la antropología freudiana son ambos evidencia del cuidado que naturalmente reside en nosotros y del camino intelectual que se ha producido para llegar a este. Por lo tanto, hay una clara relación entre ellos.

En términos más actuales, la inteligencia emocional ayuda a que se produzca el cuidado con sentimientos como la compasión de la que habló el pesimista Schopenhauer. Casualmente, aquellos intelectualmente hablando, *excelentes*, no desarrollan su inteligencia emocional y viceversa, ¿no será esto a causa de que el cuidado es también una manifestación intelectual y que lo hace de distintas formas —así, todos poseemos un tipo de inteligencia dirigida a cuidar—. De esta manera también se producen las rebeliones, tras la pronunciación de los ideales de un individuo intelectual, como bien hizo el cerdo mayor que simbolizaba a Marx en *Rebelión en la granja*.

Por otro lado, el texto afirma que “*somos capaces de cuidar a otros y al entorno*”. Ya que hemos concluido en que efectivamente es natural, discutamos ahora *¿es necesario para vivir en sociedad*. Heidegger en su obra *Ser y tiempo*, expuso sus ideas sobre el *Dasein*, *ser-ahí*, que hace referencia a la forma óntica del humano: el ser humano particular y diferenciado de los demás; que interactúa en sociedad con otros entes y con uno mismo, pues ha sido arrojado en un marco socio-histórico donde existen ya otros entes. El *Dasein* era concebido como uno que era conducido por un camino inevitable, la muerte. Así, el concepto de *Dasein* se relaciona con la cura y el cuidado, pues *Dasein* peregrinando por el mundo se aferra a la vida mediante la cura. Por lo tanto, la forma de relacionarse del *Dasein* con otros seres humanos y con el mismo es el cuidado ya que quiere conservar la existencia de él mismo y aquellos que *quiere*.

Respondamos ahora a la pregunta de si es necesario cuidar. Creo que cuidar y repartir el cuidado entre todos los objetos posibles es en efecto, imposible; otra vez “*amarás al prójimo como a ti mismo*” es antipsicológico. No obstante, no es excusable no cuidar de forma igualitaria a aquellos objetos que sí queremos, pues estos se merecen el término medio aristotélico. Repito, término medio, por lo que no llevarlo a extremos por defecto de cuidado como podría ser drogarse, o a extremos por exceso como podría ser la autoayuda... Tampoco debemos creer que por obligación tengamos que ser buenos altruistas como hacía el bueno de Sócrates cuya mujer Jantipa e hijos (nunca mencionados al hablar de este genio) quedaron en descuido. Por ende, no es estrictamente necesario, sino que se debe dirigir adecuadamente y hacia aquellos que se lo merecen.

En conclusión, la verdad comúnmente aceptada del texto de Marina Garcés, —ya que somos filósofos—, está expuesta a duda; no obstante concuerdo con la utilización evidente de ella en el texto. Esto se debe a que el cuidado, es en efecto una forma natural de amor y van completamente conectados, es decir, es completamente natural. Por último, ya que se ha realizado el análisis completo de esta oración del texto: “*desde la comprensión de que somos vidas que necesitan cuidados y que somos capaces de cuidar a otros y al entorno*”, retomaré el paréntesis del amor maternofilial y paternofilial y la crianza que dejé aparte para no verme influenciada en mi argumentación, pues, ¿cómo no va a ser este natural del ser humano?

CATEGORÍA DE DILEMAS MORALES

DILEMA PLANTEADO:

La salud de Millán se ha deteriorado mucho el último año y su médico le ha recomendado que se traslade permanentemente a una residencia para personas mayores que necesitan cuidados médicos. Afortunadamente, tiene una buena pensión que le permite pagar una de esas residencias.

Ahora que ya no necesitará su piso, ha pensado en donárselo a su hija que vive de alquiler; le vendrá bien ahorrarse ese dinero. Días antes de hacer la donación, se entera de que van a desahuciar a su vecina Elena por no poder pagar el alquiler después de la última subida. La conoce desde hace muchos años, aunque su relación no ha pasado de ser buenos vecinos. Tiene aproximadamente su misma edad, pero sin familia ni apenas ahorros. No sabe qué será de ella si tiene que abandonar el piso.

La voluntad de Millán está dividida entre el afecto por su hija y su sentido del cuidado y la justicia.

Nota aclaratoria: Al haber sido transcritos por el alumnado, los ejercicios de dilema tienen un formato heterogéneo. Mientras en unos casos se incluyen todas las preguntas a las que debían responder, en otros solo queda recogida la última, correspondiente a la solución del dilema.

PRIMER PREMIO: VERÓNICA HERMIDA DERMONT

*Colegio Quercus**Opciones:*

Millán puede optar por distintas alternativas frente al dilema que se le presenta:

- Dejarle el piso a su hija, sin hacer nada por su vecina.
- Permitir que su vecina, Elena, viva en su piso.
- Dejar el piso a su hija y ayudar a Elena a trasladarse a otro lugar o pagar su piso.

Argumentos:

Hay varias razones por las que Millán podría guiarse para escoger una opción. Si le deja el piso a su hija:

- Ayudará a la joven a centrarse en sus estudios y empleo sin preocuparse por pagar el alquiler.
- Estará cuidando de un miembro querido de su familia.
- Si decide además no hacer nada por Elena, estará ahorrando dinero que le permitirá cuidar de su propia salud.

Mientras, si ayuda a Elena económicamente, y le da el piso a su hija:

- Será un buen vecino y abuelo.
- Logrará contentar a las dos.

Finalmente, si deja que Elena se quede el piso:

- Ayudará a una persona en una situación similar a la suya, con menos recursos.
- Ganará una nueva amiga.

Análisis:

Se ponen en juego varios valores, con distinta importancia, que Millán debe tener en cuenta antes de decidir. Si opta por dar prioridad a las necesidades de su hija, se guía por el amor y la lealtad a su familia. Sin embargo, si considera más importante ayudar a Elena, lo conduce la empatía por una persona en cuya situación él podría encontrarse en otras circunstancias. Sin embargo, en este caso ambas personas se encuentran en una situación de necesidad, por lo que aunque Millán pueda empatizar más con Elena, le importa y preocupa más la seguridad de su hija con quien le une el afecto y la lealtad, y es a esto a lo que considero que se debería dar más prioridad. Aun así, considero que el valor que más debería ser tenido en cuenta es la justicia, ya

que está presente en todos los casos. Es justo que Millán use su propia pensión en sí mismo, pero no es justo que la situación de Elena sea la que es. Es justo que Millán escoja velar por su familia, pero no que Elena no tenga familia que vele por ella.

Solución:

Desde mi punto de vista, es importante que Millán cuide de sí mismo y de su familia. Sin embargo, en su situación es difícil mirar para otro lado e ignorar a una persona de su edad que está sufriendo, más cuando eres capaz de ayudarlo. Por eso considero que las principales opciones de Millán se reducen a dejarle el piso a Elena o dejarle el piso a su hija y ayudar a su vecina de otra manera. No está claro cuál de las dos alternativas es la mejor ni cuál será más beneficiosa, pero daré la solución que según el siguiente razonamiento me parezca la más adecuada.

Primero me gustaría profundizar en por qué no me parece correcta la primera opción, – desentenderse del problema de Elena – aunque tomando este camino Millán asegura su bienestar propio y el de su familia cercana, está ignorando el hecho de que la anciana no tiene a nadie que la cuide y carece de los recursos para hacerlo, sin contar que, en este caso, su problema es mucho más inmediato que el de su hija. Si no ayuda a esta mujer es muy probable que ocurra una tragedia de la que después, nuestro protagonista se sienta responsable. Esta culpabilidad amargaría y teñiría de negro la vida de Millán, que se arrepentiría de su decisión.

Tomando esto en cuenta, es obvio que Millán debe intentar hacer algo por su vecina, pero todavía no sabemos bien el qué. En caso de darle el piso, solucionaría el problema de la mujer al completo, asegurándose de que tiene un techo donde vivir y sabiendo que sus ahorros y/o reducida pensión la permitirán vivir sin sobresaltos, pero en este caso está abandonando a su hija a su suerte, dejando que se las arregle por su cuenta. Aunque puede que sea una lección que ella deba aprender, Millán pensará en el bienestar de su familia no desde la objetividad, sino desde el amor que le profesa. Su hija puede trabajar por su cuenta como no puede la anciana, pero la relación que tiene Millán con esta no es comparable al amor de un padre por su niña. Es por esto que aunque esta opción sea la más objetivamente correcta, no es la que yo escogería ni la que creo que Millán debería tomar, porque todos somos humanos y nos preocupamos primero de aquello que nos es más cercano y aunque muchas veces la razón nos diga lo contrario es a lo que siempre daremos prioridad.

Por todo lo ya mencionado creo que Millán debería de optar por la tercera opción, ayudar a su hija dejándole el piso, y cuidando de otra manera de su vecina Elena. De esta manera ayudará a su hija dándole un empujón – o más bien un apoyo – para

construir su vida y encontrar un empleo estable y/o formar una familia, cuidando así de ella al ser quien más le importa. Así mismo, Millán deberá de ayudar a Elena a pagar su piso si es capaz o trasladarse a una residencia o piso más pequeño y asequible. Esto tiene su parte negativa, ya que Millán dependerá de los ahorros que le habrían permitido vivir tranquilamente en una residencia donde cuiden de él y no puede sacrificar eso por otra persona. Por eso la ayuda a Elena debe ser limitada, encontrando un punto medio que permita que los dos sean felices y sanos. Aunque a largo plazo esta opción es inviable, contamos también con la reciprocidad de los cuidados. Al cabo de unos años cuando los ahorros y pensión de Millán no puedan sostener a ambos, su hija a quien ha dejado el piso habrá con suerte logrado obtener los ingresos necesarios para poder cuidar de su padre y su amiga, devolviéndole así el favor que este le prestó en su día y cerrando un bonito círculo de cuidados en el que todos tengan su final feliz.

En conclusión, mi opinión es que Millán debería ayudar a las dos mujeres, dando prioridad a su hija, debido al lazo que los une, pero ayudando a su vecina que sufre una situación peligrosa de manera inminente. Todo ello sin olvidar que debe cuidar de su propia salud. Aunque parezca complicado que lo logre, teniendo en cuenta que su salud no es un peligro extremo – pero sí importante – y que a quien ayuda, ayuda se le dará cuando la precise, confío en que podrá superar las dificultades que se presenten. Sabiendo que su hija estará dispuesta a cuidar de su padre como este ha cuidado de ella y no permitirá que sacrifique su bienestar por el suyo, si llega el momento en el que no sea capaz de pagar su residencia y ayudar a su vecina.

SEGUNDO PREMIO: PATRICIA ADAM GONZÁLEZ

Colegio Orvalle

Ante el dilema que se le presenta, Millán puede decidir donar su piso a su hija, que actualmente vive de alquiler. También puede ofrecérselo a su vecina Elena, que ha sido desahuciada recientemente por no poder seguir pagando el alquiler y no cuenta con ahorros ni familia para solucionar este problema y, por lo tanto, no sabe qué futuro le espera. Otras posibles alternativas que Millán podría intentar antes de tomar una decisión son hablar con su hija para ver si ella considera oportuno que done el piso a su vecina o ayudar a su vecina a buscar maneras de hacer frente al desahucio.

En cuanto a los argumentos a favor de donar el piso a su hija, esto aseguraría su bienestar (en lo que a la vivienda se refiere), evitando que sufra por no poder pagar el alquiler en un futuro. Además, es su hija y cuidar de ella, aunque ahora ya sea adulta, ha sido su responsabilidad desde que nació. Por otro lado, al ser una persona muy cercana, tiene la seguridad de que va a hacer un buen uso del piso y de que si, por causa de esta donación o por otro motivo, en un futuro él se viera en dificultad, tanto económica como de otro tipo (su salud, por ejemplo), ella no dudaría en asistirle y proporcionarle ayuda.

Respecto a las razones por las que debería ofrecer el piso a Elena, su vecina, ella realmente depende de su ayuda para tener sus necesidades básicas cubiertas, a diferencia de su hija. En el dilema se especifica que no tiene familia ni dinero y que no sabe lo que será de ella tras abandonar el piso. Además se tiene la certeza de que el piso de Millán se adapta a sus necesidades porque, al ser su vecina, vive en la misma zona y en una casa probablemente igual o muy similar. Por otro lado, Elena no tiene familia y, por lo que se entiende en el dilema, vive sola, por lo que el deseo de Millán de ayudarla (en caso de que lo hiciera) podría ser la única muestra de cariño y generosidad que reciba en mucho tiempo. Por último, ella tiene aproximadamente la edad de Millán, que es una persona mayor, y, al igual que él, podría necesitar atención especial más adelante. Al no poder recibir ayuda de familiares, esta donación de su vecino le permitiría gastar sus muy pocos ahorros en otras necesidades.

Al abordar este dilema moral, se ponen en valor distintos principios morales. En primer lugar, y ante todo, la dignidad de Elena, que debería ser protegida y respetada en todo momento, como señala el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En este caso, custodiar la dignidad de Elena implica asegurar que su necesidad básica de tener una vivienda está cubierta y evitar poner su vida y salud en peligro tras el desahucio. Este valor deriva en un sentido de justicia y responsabilidad

moral. Por otro lado, como ya se ha expuesto, Millán tiene una responsabilidad más concreta hacia su hija que, en circunstancias normales, sería una de sus mayores prioridades. Entra en juego aquí el amor paternal y el afecto hacia ella. Además, Millán ya se ha comprometido a donar el piso a su hija por lo que no hacerlo podría ser una falta de compromiso. Finalmente se valoran en esta situación la empatía, solidaridad y generosidad de Millán.

Si estuviera en el lugar de Millán, sin duda escogería donar el piso a mi vecina que ha sido desahuciada, porque esto le aseguraría un futuro digno en vez del futuro incierto y muy posiblemente malo que si no tendría.

En primer lugar, como ya he mencionado, el respeto a la dignidad humana, así como su cuidado y protección, está por encima de todo. Elena depende del piso de Millán para vivir dignamente, para tener sus necesidades básicas cubiertas. El derecho a la vivienda se defiende en los Derechos Humanos como un derecho del que no se puede privar a nadie.

Es cierto que el piso también mejoraría la calidad de vida de la hija de Millán, que se ahorraría pagar el alquiler. Sin embargo, su vida no depende de ello, ya que, según lo que sabemos, está pudiendo pagarlo.

También podría objetarse que existen ayudas sociales para Elena. Si bien esto es cierto, no se sabe cuánto tiempo podría tardar su petición en ser atendida y ella merece tener una vivienda siempre.

Podría argumentarse, por otro lado, que, a diferencia de su hija, Elena no es responsabilidad de Millán. Sin embargo, esto no es del todo cierto porque, aunque no exista una responsabilidad jurídica, sí existe una responsabilidad moral que nos hace a todos responsables de cuidar a quienes viven en malas condiciones, a quienes viven indignamente. Si solo nos preocupáramos de nuestros familiares o de aquellos a los que nos unen lazos afectivos, ¿cómo sería el mundo? Se volvería, sin duda, un mundo inhumano y cada vez más individualista.

Continuando con los argumentos por los que tomaría la decisión de donar el piso a Elena, creo que va más allá de una ayuda económica o material. Como razoné al principio, es una muestra de amor y cariño hacia alguien que no tiene familia y, probablemente, no reciba gestos de cariño y generosidad.

Para terminar, podemos tener la certeza de que el piso de Millán se ajusta perfectamente a las necesidades de Elena, que, debido a su edad, pueden ser muy concretas. Este piso le permitiría continuar con su vida casi igual que hasta ahora, ya que se encuentra en la misma zona y probablemente sea una casa parecida. De esta manera, se aseguraría su comodidad y se evitarían las desventajas de tener que adaptarse a otra forma de vida completamente distinta, sobre todo teniendo en cuenta su edad

avanzada.

Podría plantearse la posibilidad de que, al ser una persona mayor, podría tener que trasladarse en breve a una residencia, como Millán. Sin embargo, esto no es seguro y, en el caso de que lo fuera, Millán podría ofrecer el piso a su hija sin ningún problema. En ningún caso sería un desperdicio del piso, pues habría servido como un hogar para Elena durante el tiempo necesario y podría pasar a ser un hogar para la hija de Millán cuando a ella ya no le hiciera falta.

En conclusión, ante este dilema, elegiría sin dudar donar el piso a Elena, porque creo que lo necesita mucho más urgentemente que la hija de Millán y de ello depende su vida, salud y dignidad.

TERCER PREMIO: CLAUDIA CRESPO NIETO

Colegio Estudio

1. Soluciones alternativas

Las soluciones que nos presenta este dilema son, en primer lugar, que Millán le done el piso a su hija que hasta ese momento vivía de alquiler. Y, en segundo lugar, donarle el piso a una vecina que se encuentra sin familia ni ahorros. Y, en tercer y último lugar, Millán podría llegar a un acuerdo con Elena y prestarle el piso durante un periodo de tiempo, hasta que consiguiera ahorros y pudiera ir a otro lugar.

2. Argumentos a favor de cada solución

Argumentos a favor de que Millán le done el piso a su hija:

- Como su padre, tiene el deber de ayudarla y favorecerla.
- La hija estará muy agradecida con su padre por haberle ayudado a ahorrar algo de dinero.
- El piso pertenece a Millán y, por tanto, a su familia también.
- Millán tiene más afecto a su hija que a una vecina.

Argumentos a favor de que Millán le done el piso a su vecina Elena:

- No tiene familia ni ahorros, se encuentra en una posición mucho más débil que la hija.
- Es una mujer mayor y su salud pudiera verse afectada ante tanto estrés o ante la posibilidad de no tener un sitio donde dormir.
- Cuanto mayores son las personas, más complicado se vuelve encontrar trabajo.
- Como he mencionado antes, Elena no tiene familia, así que no hay nadie que pueda ayudarla.

3. Análisis de los valores

Dos valores fundamentales se encuentran en juego en este dilema, que además son valores superiores del ordenamiento jurídico, como son la igualdad y la justicia. Por un lado, la igualdad, porque según este valor se debe ayudar a los más desfavorecidos. Elena no tiene la culpa de no tener familia, y tampoco la tiene de que el alquiler haya subido de precio, por lo tanto, al ayudarla, se estaría haciendo una distribución más equitativa de los bienes. Por otro lado, la justicia estaría defendiendo tanto a la hija de Millán, como a Elena. La hija del anciano no tiene la culpa de las desgracias de

Elena. Ella espera que su padre, como es lógico y justo, le favorezca a ella. Sin embargo, como he mencionado anteriormente, Elena tampoco es responsable de muchas cosas que le han sucedido. ¿Sería justo dejarla tirada cuando hay un vecino que está dispuesto a donar su casa? Muy probablemente no.

Es cierto que la familia es un valor fundamental, se la debe proteger y ayudar, como está explicado en el artículo 39 de nuestra Constitución, pero también es verdad que la solidaridad y la dignidad de las personas, desde mi punto de vista, prevalecen frente a la familia. Menciono la dignidad porque Elena, si llegara a encontrarse desahuciada y viviendo en la calle, estaría viviendo en condiciones muy indignas.

4. Solución

Finalmente, aunque Millán tenga mucho afecto a su hija, intentar velar por valores tan fundamentales como son la dignidad, la igualdad, la justicia o la solidaridad de otro ser humano, es más importante para mí.

Con esta respuesta no quiero decir que la familia no importe, porque no lo creo, la familia es un pilar fundamental en la vida de todos, pero precisamente Elena, ni siquiera la tiene.

Millán no estaría dejando de lado a su hija al ayudar a su vecina, es más, quizás si los tres discutieran al respecto sobre esta decisión, llegarían a la misma conclusión, o acabarían estableciendo principios morales que favorecieran a todos. Ya lo dijo Habermas siguiendo la ética discursiva, la mejor forma de llegar a un acuerdo es que los afectados expongan sus opiniones al respecto. El diálogo es la mejor forma de dictaminar lo que es moralmente correcto. Esta ética, además, estaría promoviendo el respeto y la igualdad entre los afectados, ya que para establecer un diálogo se necesita que los participantes se reconozcan como personas que poseen el derecho a opinar y a ser escuchados.

La hija de Millán está viviendo de alquiler, posiblemente sea joven. Elena, por el contrario, tiene la edad de Millán, es una persona mayor y, por lo tanto, es más propensa a contraer enfermedades o a que su salud se deteriore por disgustos como el desahucio. Al ayudarla, Millán estaría velando también por su salud. Asimismo, cuanto mayor es una persona, más complicado le resulta encontrar trabajo. Millán debería tener en cuenta todos estos argumentos antes de tomar una decisión.

Si seguimos la ética formal de Kant, las personas deberían actuar movidas por la buena voluntad. Las acciones moralmente correctas son aquellas que se realizan cuando actuamos porque es nuestro deber. El deber de Millán es proteger a su familia y ayudarla, pero como ciudadano solidario, su deber también debería ser ayudar, en

la medida que pueda, a los más desfavorecidos.

Como he dicho antes, la ética formal de Kant indica que debemos actuar conforme al deber, no movidos por sentimientos, pasiones o razones externas. Tal como indicó Esperanza Guisán, los sentimientos son una condición necesaria, pero no suficiente para que se produzca el juicio moral. El cariño de Millán por su hija no tiene porqué justificar el abandono de otra persona, y menos cuando la dignidad de la misma está en juego. La dignidad de las personas, para mí, probablemente sea el valor más importante.

Para concluir, vuelvo a recalcar que Millán debería ayudar a Elena. Debemos promover la igualdad y una redistribución equitativa de los bienes. Utilizando el diálogo como medio de fundamentación de las normas podemos llegar a acuerdos que protejan todos los valores. Pero insisto, algunos valores como la dignidad y la justicia, en ocasiones pueden ser superiores a otros. Debemos ponernos en el lugar de aquellos más desfavorecidos, no todos nacemos con la misma suerte.

FINALISTAS

CANDELA ARJONA ESPINOSA

IES Maestro Matías Bravo

A) Enumeración de las alternativas

- Que Millán deje el piso a su hija.
- Que Millán deje el piso a su vecina Elena.
- Y yo sugiero que Elena y la hija de Millán compartieran piso así podrían tener vivienda a las dos.

B) Razones a favor de cada alternativa

1. Dejar el piso a su hija.
 - La hija podría ahorrar el dinero e invertirlo o gastarlo en algo que quiera.
 - Millán se sentiría a gusto y tranquila, sabiendo que su hija está bien.
 - Su hija no se tendría que preocupar de las subidas de alquiler.
 - Millán sabría que la casa está en buenas manos.
2. Dejar el piso a su vecina, Elena.
 - Millán tendría su conciencia tranquila al saber que no le ha pasado nada a Elena.
 - Elena no se quedaría en la calle sin resguardo.
 - Su hija también podría sentirse bien al saber que alguien necesitaba más la casa y saber que le está dando uso.
3. Que Elena y la hija de Millán compartan piso.
 - Elena no se quedaría en la calle ni tampoco sola.
 - La hija de Millán podría reducir sus costes de alquiler.
 - Millán se sentiría más a gusto sabiendo que las dos están bien.
 - La hija de Millán también se sentiría buena persona al saber que está ayudando a Elena.

C) Análisis de los valores morales

Para continuar los valores que yo veo involucrados, son: empatía, amor, solidaridad y caridad.

Mi jerarquía la establezco en ese mismo orden.

D) Solución

Pienso que la primera alternativa –dejar el piso a mi hija– es bastante lógica: quiero que mi hija esté bien y tenga buena vida, a ella le vendría bien.

A su vez yo estaría tranquila. También puede que influya en mí un poco el instinto maternal, como en todas las madres, pienso yo; al fin y al cabo, nosotras siempre intentamos proteger a nuestros hijos, da igual en que raza, generación o época, pero siempre pondremos a nuestros hijos por delante.

Pero esta alternativa me dejaría tranquila por una parte, pero no sé si sería capaz de dejar a su propia suerte a mi vecina, Elena. No me sentiría bien sabiendo que tengo la oportunidad de ayudarla y no lo hago. Llámenlo egoísmo, porque puede de forma indirecta que piense más en mí, en tener la conciencia tranquila, que en Elena; pero dígame si alguna vez ustedes mismos o conocen a alguien que se haya disculpado porque no quería sentirse mal cuando había hecho algo no muy correcto y no por cómo se pudiera sentir la otra persona. Digamos que son casos parecidos, ¿no cree?

Por eso no elegiría la primera alternativa. Comenzando a analizar la segunda, la verdad es que la veo con más sentido: Elena tendría casa y no se quedaría en la calle sola y sin dinero. Por otro lado, mi hija viviría bien, aunque un poco justa de presupuesto, sabría que lo hago por una buena causa.

Aunque sé que si tomara esta decisión estaría influida por los roles que desde siempre la sociedad ha depositado las mujeres. Aunque no quiera, el sentimiento de querer que Elena esté bien, a pesar de casi no tener relación con ella, está ahí. Lo que me impulsa a querer cuidarla es la sensación de que yo soy responsable y de que me tengo que encargar de ella. Para mí, el rol de “cuidadora” es algo que siempre se le atribuirá a las mujeres.

Dejando a un lado esta cuestión creo que los organismos del gobierno también deberían encargarse en estas situaciones. Elena no tiene culpa de no tener recursos o familia. Eso no sería justo ni ético. Dejar a una persona mayor sola porque no puede pagarse una residencia o cuidador. ¿Hasta dónde el gobierno podría ayudar? ¿Hasta qué punto decide colaborar? Se supone que los gobiernos se preocupan de los mayores pero en estas situaciones ¿qué hacen?

Sabemos que la gente mayor puede no aportar tanto a nivel económico como los demás, pero cada uno tiene su lugar en el sistema, nuestros mayores también han servido de algo alguna vez. ¿Somos pañuelos? ¿Cuando dejamos de servir nos tiran? Nadie vale más que nadie.

Esta alternativa me parece acertada. Sería mi segunda opción si tuviera que tomar alguna decisión. Pero mi alternativa elegida es la tercera: que compartan piso.

De esta forma mi hija reduciría sus gastos y no le tiene porque importar que alguien viva con ella, si no le molesta, mi hija también se sentiría bien porque sabe que la está ayudando.

Elena no estaría viviendo en la calle o en cualquier sitio que no sea seguro, no estaría sola. Cuando ya eres mayor la soledad es muy dura y difícil de sobrellevar por decirte que cada Navidad miles de personas se ofrecen voluntarias a escribir a personas mayores cartas, para que sepan que no estén solos. Triste, ¿verdad?

Por eso creo que esta opción es la más acertada, satisface a mi hija y Elena. Por otro lado estoy satisfecha yo y con la conciencia tranquila.

Aunque sé que mi decisión no es irrefutable. Podrían salir inconvenientes como que la relación entre ellas no sea la mejor o que no se sientan más cómodas; aun así, creo que vale la pena intentarlo por el bienestar de las dos.

Porque, viéndolo de esta forma, ¿qué perdemos por intentarlo?

FELIPE CORRO SARABIA

IES Ramiro de Maeztu

1. Enumeración de las alternativas

El dilema anteriormente mencionado nos muestra la situación de Millán, dicha situación debido al abandono del piso que está habitado actualmente plantea las distintas alternativas:

- A. La donación del piso a su hija
- B. La donación del piso a su vecina
- C. La puesta del piso en alquiler

2. Argumentos a favor de cada alternativa

A. La primera opción nos dice que el piso ha de ser donado a su hija

En primer lugar tenemos el beneficio monetario que aporta a su hija, este beneficio podría ser destinado a otros fondos de inversión, que podrían crear una diferencia significativa en su futuro.

En segundo lugar tenemos la idea del legado familiar, tras estar dicho piso en posesión de Millán y su estancia en ese piso ha sido larga, se puede formar un lazo sentimental de Millán hacia el piso.

B. La segunda opción nos plantea que el piso podría ser destinado a su vecina

En primer lugar, tenemos la empatía hacia su vecina debido a su situación actual. La situación de su vecina es muy compleja debido a su baja facturación, falta de familia, subida del alquiler y escasos ahorros.

En segundo lugar tenemos un incremento de la relación entre vecinos, su relación basada en la caridad generaría un sentimiento de querer devolverlo a quien le dió el piso. Al aumentar dicha relación, su vecina se podría quedar en el piso aumentando así el valor del mismo.

C. La tercera opción es poner en alquiler el piso

- El beneficio, al ser un beneficio de una suma de dinero, dicho dinero se podría repartir entre su hija y la vecina. El piso debido a su puesta en el mercado sufriría de un aumento de su precio cada año que pasa.
- Se llegaría a un equilibrio emocional, la balanza entre el beneficio de su hija (impulsado por su amor maternal) y la situación de su vecina llegaría a un equilibrio.

3. *Análisis de los valores morales*

- Solidaridad = Es el ofrecer ayuda a alguien en caso de necesidad.
- Empatía = El ponerse en situación del otro te puede mostrar el sufrimiento del mismo.
- Aprovechamiento = Un mejor uso del piso en sí y un mayor tiempo en posesión de alguien reduce la cantidad de trabajo administrativo.
- Maternidad = La situación de una hija puede influir de mayor manera en el estado sentimental de la persona.

Jerarquía entre los distintos valores morales

En primer lugar colocaría la empatía debido al ser un valor ligado a la emoción de la persona, en segundo lugar tenemos la maternidad, este valor también está ligado a las emociones de Millán solo que es entendible de la calidad de vida de su hija no se vea disminuida. En tercer lugar tenemos la solidaridad, debido a que la ayuda provoca en nosotros una sensación de realización, además de una gratitud del prójimo. En último lugar tenemos el aprovechamiento debido a que aunque una persona lo necesite de manera opcional, la otra lo necesita para mantener su estilo de vida.

4. *Solución*

Este dilema plantea una decisión entre la empatía hacia su vecina y el aumento de la calidad de vida de su hija. Antes de comenzar, habría que mencionar los distintos valores morales y el orden de importancia entre ellos: la empatía en esta situación se muestra como un valor muy importante debido a la mala situación en la que se encuentra su vecina, pero en comparación, tenemos la maternidad o amor fraternal, su hija debido a este valor moral tiene mucha más importancia dentro de las emociones provocadas en Millán, aunque para su hija solo sea un aumento de su calidad de vida, hemos de tener en cuenta que para su vecina es una reducción debido a diversos factores. Tras mencionar los dos valores más chocantes, podemos ver la solidaridad, este valor nos muestra como ayudar al más necesitado y esta ayuda desemboca en unos sentimientos que son provocados tanto para Millán como para el individuo que la recibe. El sentimiento principal provocado a quien reciba dicha ayuda es el agradecimiento y una constante necesidad de apoyar a quien le ha ayudado en un momento de necesidad. Además tenemos el calor moral del aprovechamiento del piso, nos muestra que aunque su vecina vaya a necesitarlo en mayor medida, su hija debido a la diferencia de edad va a apoyarse durante más tiempo a este piso o por lo menos, la ganancia provocada gracias a este piso podrá contribuir más al futuro de la misma.

Dentro de las posibles opciones que cuadrarían en este dilema, encontramos, en primera posición, la donación del piso a su hija. Esta donación a su hija generaría un beneficio a su futuro, debido a que su edad es menor que la de su vecina. Dicho beneficio puede ser aprovechado en un fondo de inversión con una visión más lejana. Este primer argumento nos muestra un aumento del nivel monetario familiar, el invertir en fondo a largo plazo puede generar una suma importante de dinero que ligado al sentimiento de realización de Millán debido al incremento de la calidad de vida su familia la posiciona como una opción muy atractiva. En segunda posición, tenemos el argumento del legado familiar: un lazo sentimental formado por su estancia en el piso puede evadir la opción de la donación del piso a un agente externo de la familia. Además la nostalgia que podría sentir la hija de Millán puede acabar desembocando en un sentimiento de culpa para Millán en caso de donarle el piso a su vecina. La selección de esta opción generaría una degradación de la calidad de vida de la vecina, en comparación aumentaría la calidad de vida de la hija, que tiene más lazos con Millán.

La segunda alternativa plantea la donación del piso a su vecina. Esta opción viene determinada por el valor de la empatía; la relación con su vecina no era nula, es decir, que puede llegar a aumentar. Cabe recalcar que la vecina no tiene familia, apenas ahorros y baja facturación. Además como anteriormente he mencionado, la relación basada en el agradecimiento de su vecina puede acabar en una necesidad de devolvérselo a Millán. La selección de esta opción solo desembocaría en una mala emoción para Millán, el ignorar a su hija genera una contrariedad del sentido de la maternidad que acaba desembocando en una angustia para Millán, debido a su delicado estado de salud una alteración de sus emociones crea una mayor posibilidad de empeorar médicamente.

En tercera posición tenemos la puesta en alquiler del piso. Esta opción crea un balance entre su hija y la vecina. Se puede repartir el beneficio generado por el alquiler del piso y, además, el piso seguirá en uso mientras su vecina se podría mantener en su piso y su hija mantener una calidad de vida similar a la anterior del traslado de Millán. Los fondos, aunque sean bajos, se podrían utilizar de la misma manera a su futuro, lo que desembocará en un aumento del nivel económico familiar.

En conclusión, este difícil dilema nos plantea una batalla entre alguien con mayor influencia en Millán pero una situación no tan comprometedora y alguien con una relación promedio con Millán pero una situación más compleja. Tras analizar todos los puntos fundamentales de este dilema puedo afirmar que la tercera opción es la que tiene mayor beneficio para ambas partes.

EMILIA SERENO

IES Malala Yousafzai

Este dilema nos invita a reflexionar sobre una situación en la que cualquiera podría encontrarse. Millán, debido a su condición, debe ser trasladado a una residencia de personas mayores. Debido a esta circunstancia, tiene que elegir entre donarle su piso a su hija u otorgárselo a su recientemente desahuciada vecina, Elena.

Frente a este hecho, propongo las siguientes soluciones:

- Millán puede darle la vivienda a su hija.
- Millán puede ayudar a Elena dándole su piso.
- Elena puede respaldarse en el Estado.

A continuación, expongo mis razones para cada posible opción.

Razones a favor de darle el piso a su hija:

- Si su hija recibe el piso, le supondría una gran ayuda económica, ya que en el momento se encuentra pagando el alquiler.
- Al otorgarle la vivienda a su hija, el valor sentimental y los momentos vividos en ella, se mantendrían en el legado familiar de Millán.

Razones a favor de darle el piso a Elena:

- Al donarle el piso a su vecina, Elena podría sobrevivir y mantenerse a flote, tanto económicamente como mentalmente, ya que el estrés que genera su situación es insufrible.
- Si Millán no le diese su casa a la vecina, Elena no sería capaz de encontrar trabajo fácilmente, ya que la demanda de personas mayores en trabajos dignamente compensados es casi nula.
- Elena no puede recibir auxilio de nadie, ya que el dilema especifica que no cuenta con familia ni con ahorros disponibles.

Razones a favor de respaldarse en el Estado:

- La Comunidad de Madrid dispone de servicios destinados a personas en situaciones complicadas, como es el caso de Elena. Si ella consultara los “Servicios de Ayuda Económica”, ofrecidos en la web por la Comunidad de Madrid, podría recibir amparo sin preámbulos.

Razones en contra:

- A pesar de ponerse en contacto con las ayudas, existe la posibilidad de que estas no sean rápidas o suficientemente útiles para ella.

Claramente es un caso difícil que enfrenta dos valores ampliamente apreciados: de un lado, el apego emocional de un padre y una hija, y, del otro, el cuidado y la empatía hacia cualquier ser humano que se encuentre en una situación de vulnerabilidad, especialmente si es alguien de un entorno próximo. Por una parte, Millán quiere regalarle el piso a su hija porque le sería de gran ayuda y porque demuestra el vínculo familiar que existe entre ambos. Sin embargo, por otra parte, despierta en Millán el natural rechazo a un individualismo cruel y la necesidad de auxiliar a una mujer con la que empatiza, ya que tienen cerca de la misma edad y viven en el mismo edificio, por lo que se conocen desde hace años.

Finalmente, opino que lo mejor es acudir al auxilio de la vecina, donándole su piso. En primer lugar, como mencioné previamente, Elena no dispone de alternativas. Sin familia ni ahorros, su única opción para poder sobrevivir es residendo en el piso de Millán porque si consiguiera un empleo, que sería algo extraordinario en su caso, resultaría moralmente inaceptable que una señora de la edad de Elena se encontrase trabajando arduamente para finalmente subsistir con un sueldo ínfimo. De esta forma, al no tener que preocuparse por el alquiler, tendría tiempo para buscar y valorar ofertas más acordes con su situación, que ya no es desesperada.

En segundo lugar, su hija podría contar con otro tipo de ayudas si las necesitase para seguir viviendo de alquiler o en todo caso, y dada su edad, tendría más oportunidades que Elena de mejorar sus condiciones de trabajo. Ella debería, además, comprender que su caso no es tan desesperado como el de la vecina y, al ver la empatía de su padre con Elena, recibiría una lección valiosa.

Concluyo este dilema afirmando que valores como la atención, la responsabilidad y la empatía son fundamentales para convivir en un mundo fraterno. Hoy en día corremos el peligro de vivir cegados por nuestros problemas y por nuestro eterno egoísmo, pero si practicásemos la atención y el cuidado con los que nos rodean, la convivencia sería óptima. Millán en este caso debería dejar atrás su efecto hacia quienes son cercanos a él y cuidar de su desamparada vecina, porque siempre hay que darles una respuesta, incluso si no existe una conexión entre ambos. Lo contrario resulta inhumano.

MIRIAM SÁNCHEZ SÁNCHEZ DE LEÓN

Colegio Orvalle

Este dilema puede presentar distintas alternativas. En primer lugar, Millán podría donarle el piso a su hija, que vive de alquiler. Por consiguiente, su vecina Elena se quedaría sin piso cuando la desahucien. En segundo lugar, el protagonista podría, en vez de dárselo a su hija, donárselo a su vecina cuando esta más lo necesita. En tercer y último lugar, Elena y la hija de Millán podrían compartir el piso.

La primera alternativa (donar el piso a la hija de Millán) podría ahorrarle dinero a la hija, ya que vive de alquiler y podría ahorrarse ese dinero. Además, Millán mejoraría la relación con su hija y se sentiría muy feliz de haberla ayudado y hecho un favor.

La segunda alternativa (donar el piso a Elena) le proporcionaría un lugar para vivir para cuando la desahucien por no poder pagar el alquiler. También, al ser una persona mayor, se le haría más fácil vivir en la misma zona y cerca de su antigua casa, para no tener que irse a otro sitio menos conocido siendo tan mayor.

La tercera alternativa (que la hija y Elena compartan el piso) provocaría que Elena tuviese a alguien con quien vivir, ya que siendo mayor, es difícil que pueda manejarse sola, y la hija podría ayudarla. También, Millán se sentiría satisfecho de haber ayudado a las dos sin dejar a ninguna de lado.

Este dilema pone varios valores en juego. Para empezar, la responsabilidad familiar. Millán se siente responsable de su hija y quiere lo mejor para ella. Por otro lado, está el valor de la amistad. Aunque la relación de Millán y Elena no ha pasado de ser buenos vecinos, se conocen desde hace muchos años y Millán siente el deber de cuidarla. Finalmente, está el valor de la empatía. Millán sabe que Elena está pasando por una situación difícil, pero a la vez quiere hacer un favor a su hija.

El valor que prevalece es el valor de la responsabilidad familiar. Nada es más importante que la familia, y Millán haría lo que sea por su hija. Después, iría el valor de la empatía. Es muy importante analizar la situación de cada una y ponerse en su lugar. En último lugar, iría el valor de la amistad que, aunque es muy importante, la familia y saber comprender a los demás lo es aún más.

Después de analizar todas las alternativas posibles, la solución más acertada sería que la hija de Millán y Elena compartan el piso. De esta manera, la hija dejaría de vivir de alquiler, y Elena no se quedaría sin casa.

Una anécdota relacionada con este dilema es sobre mi familia. Mi abuelo, al redactar el testamento, dudaba entre si dejarle la casa a su mujer, mi abuela, o a sus

hijos. Como a todos les podía venir bien, le dejó una parte a cada uno. Así, no dejaba a nadie de lado y hacía un favor a todos. Al final, resultó ser la opción más acertada.

Ahora bien, aunque que compartan el piso sea la opción más acertada, hay que tener en cuenta las posibles consecuencias que conlleva esta decisión, y las intenciones que nos llevan a elegirla. Posibles consecuencias son: piso garantizado para Elena, compañía en caso de que le ocurra algo (dado que es una anciana), buen sentimiento de Millán al haber ayudado a las dos, que a la hija no le guste la idea de compartir el piso, y que la hija no solo tenga que pagar su parte, sino también la de Elena.

Como ya he dicho, también es importante analizar las intenciones que llevan a Millán a elegir esta opción: el bienestar y la felicidad tanto de su hija como de Elena, garantizar a Elena una casa para cuando la desahucien, y que su hija deje de vivir de alquiler.

Para reforzar mi solución, voy a aportar algunos datos y evidencias. Según el Instituto Nacional de Estadística, cinco millones y medio de personas en España sufren de soledad. Eso es el 28% de todos los hogares en 2024, lo que ha incrementado un 1% desde 2021, cuando era un 27%. También, la soledad, aumenta un 2,16% el riesgo de suicidio y una probabilidad de 61% mayor de sufrir trastornos como depresión o ansiedad. Por lo que, considerando estos datos, no es prudente dejar a Elena sola y es mucho mejor que se sienta querida y acompañada en un momento tan difícil para ella.

Sin embargo, aunque esta sea la solución más acertada, hay posibles refutaciones a tener en cuenta. Primero, la cuestión de quién pagará el piso. Ante esto, una parte la puede pagar la hija de Millán, y como Elena no tiene apenas ahorros, Millán puede ayudar con su pensión. También, puede que a la hija no le guste compartir el piso y estar pendiente de Elena. Sin embargo, Millán debe explicarle a su hija la situación y ella tiene que entender que no pueden dejar a Elena en un momento tan difícil para ella.

Al analizar todas las alternativas posibles, las consecuencias, y las posibles refutaciones de la solución elegida, sigo pensando que es la opción más acertada. Si se comunican bien y todos entienden la situación, todo el mundo estará contento y agradecido. Si cuidar es lo que más caracteriza al ser humano, ¿qué mejor manera de demostrarlo que ayudando a los demás?

HUGO HERNANDO MARTÍN

IES Domenico Scarlatti

Opción A:

Donar el piso a tu hija. Ella está de alquiler y darla el piso podría ayudarla a ahorrarse un poco de dinero.

Opción B:

Donar el piso a su vecina a la cual han desahuciado. Ella no tiene casi ahorros y tampoco familia.

Otras opciones:

1. Millán podría vender el piso y con el dinero que gane podría emplear una parte para pagar la deuda de su vecina y el dinero restante dárselo a su hija. Así, de esta manera, su vecina podría recuperar su casa.
2. Cobrarle un pequeño alquiler a su hija y con ese dinero y un poco que aporte la pensión de Millán, poder pagarla una residencia o pagar la deuda de la vecina.
3. Hija y vecina podrían compartir el piso en el caso de que la casa tuviera más de una habitación. Así las dos tendrían un lugar para vivir.

Razones para cada opción:

Opción A	Opción B
-La estas dando algo que en un futuro la pertenecerá por la herencia. -La reciprocidad. Hoy la donas el piso a ti hija y mañana ella te lo recomendará visitándote en la residencia. -Si la donas el piso , en vacaciones y fines de semana, podrás ir a casa cuando quieras, ya que el piso es de tu hija. -Y la ayudas a ahorrarse un dinero que lo podrá emplear en el futuro. Tanto en ella como en él.	-Ayudas a una persona que está en una situación complicada ya que si en un futuro te pasa a ti, te gustaría recibir ayuda. -Respetas los derechos humanos. Aquí tenemos el ejemplo de la vivienda digna. -Vas a sentirte bien moralmente por tu acción.

Valores:

Opción A	Opción B
3-Derecho a la herencia. 2-Reciprocidad. 1-Amor familiar.	1-Ayuda a personas. 2-Derechos humanos. 3-Buena acción.

Solución:

El dilema que se plantea es uno actual ya que mucha gente se ve en la situación de la vecina. En los últimos años el número de desahucios ha subido mucho a consecuencia de los altos precios que tiene la vivienda en España. Esto lleva detrás la pérdida del derecho a la vivienda. ¿Qué pasa con esta gente? ¿Quién se hace cargo de ellos? La respuesta tendría que ser el estado, aunque como decía Victoria Camps los cuidados no son el plato fuerte del estado. En el dilema se nos pone en la duda si donar el piso de Millán a su hija o a su vecina a la cual han desahuciado.

Ante esta situación, yo tengo claro que la mejor opción es donar el piso a su vecina. Esa mujer, aparentemente de una avanzada edad, se va a quedar en la calle, ya que no tiene ni dinero ni familia que cuide de ella. ¿Es justo dejar a una persona en la calle? Este gesto no solo nos va a servir para ayudar a alguien, sino también para tu propio sentimiento de moral y que estás haciendo una buena acción. Con esto se puede pensar que le estás haciendo de menos a su hija, ¿qué pasa si su hija aunque es dueña de la vivienda tiene un techo donde vivir y su vecina no lo tiene? Ella se va a quedar en la calle sin un lugar donde vivir, y su vecina no lo va a tener. Aquí, también influye el pensar cómo estarías tú y qué te gustaría recibir si te encuentras en esa situación, ya que es posible que te pueda pasar.

Aquí se enfrentan dos valores muy importantes. Uno de ellos es el amor que tienes hacia tu hija y el otro es el valor de la ayuda a las personas que lo necesitan. Estos dos valores no son excluyentes, ya que el amor a tu hija siempre va a estar, pero también, este acto de amor con el cuidado no solo a tu vecina, sino también, a todas las personas que se encuentran en la misma situación. También es cierto que otro valor es el valor de la herencia, pero eso ya lo tendrá tu hija cuando tú ya no estés. Mientras tanto, tú puedes elegir el uso que le das a tu piso. Vuelvo a insistir que estos valores no se excluyen, ya que quieres a tu hija por encima de todo.

La crítica más oportuna para la otra opción es la pregunta de si podrás dormir o vivir tranquila, sabiendo que has tenido la oportunidad de ayudar a alguien que lo necesita, y la has desaprovechado. También sabiendo que tu vecina no tiene nada que

hacer entre eso. Podríamos decir que lo que estamos haciendo es poner por encima a la persona a la que desahuciamos, es muy amiga tuya, y tu relación con ella es solo de vecindad. En este caso, también la diferencia es más cercana, mucha gente cambiaría de opinión, ya que no es lo mismo si alguien cree que quien sigue solo te situados. Aquí entran en juego las relaciones afectivas, nos guiamos más por nuestro corazón que por la verdadera moralidad.

Al elegir la opción de nuestra vecina mucha gente opinará, y se preguntará si somos malos padres o familiares por elegir a tu vecina antes que a tu sangre. Te preguntarán si nos vamos a la filosofía de Kant y universalizamos cada situación, qué es mejor: un mundo en el que todo el mundo se guíe por la familia y todas las decisiones se tomen pensando en la familia. O, por otro lado, un mundo en el que todo el mundo siga lo que de verdad cree moral y correcto sin importar las relaciones. Yo me quedo con el segundo sin ninguna duda. Muchas veces es nuestro corazón quien nos guía, pero tenemos que parar a pensar con la cabeza.

Por todo lo dicho anteriormente y todas las razones, me sigo manteniendo en la posición de donar el piso a su vecina. Este dilema me plantea otra pregunta: ¿dónde interviene el estado en todo este abuso? Ellos son los encargados de garantizar a todo el mundo que los derechos humanos se cumplan, ¿qué pasa con la gente que no se puede permitir seguir pagando esos precios? Estamos las ciudadanas, los cuales tenemos que ayudarnos. Sabemos que los ciudadanos no son su plato fuerte, pero son ellos los que tendrían que garantizar todos nuestros derechos y la vivienda digna es uno de ellos. Esto en un futuro nos va a repercutir a las siguientes generaciones, porque los precios siguen subiendo y nadie hace nada. ¿Están jugando con nuestros hogares para sacar dinero?

AITANA GÓMEZ AGUILAR

IES Ángel Ysern

Introducción

Millán se enfrenta a una situación complicada. Puede donar el piso a su hija y que esta se ahorre el dinero que paga por su alquiler. También puede donar el piso a su vecina y anteponer su sentido de la justicia. Aunque también hay que valorar otras opciones más equilibradas, como dejar el piso a nombre de su hija, pero llegar a un acuerdo con ella para que viva con su vecina, o incluso dejárselo a su vecina con la condición de que luego será de su hija.

Argumentos a favor de cada opción

A favor de donar el piso a su hija:

1. Tiene mayor carga emocional y respeto hacia la vida de su hija y su futuro personal.
2. Permite mejorar la relación con su hija en la última etapa de su vida: la vejez.
3. No estaría traicionando el amor que se sienten mutuamente en la relación padre e hija.
4. Sentiría que ha cumplido con el deber de padre.

A favor de donar el piso a su vecina:

1. Le estaría enseñando a su hija valores como la justicia social.
2. Se sentiría una buena persona por ayudar a gente en mala situación.
3. Estaría cumpliendo con su sentido de la justicia y ayudando a las personas en peor situación de vida.
4. Enseñaría a su hija a cuidar de sí misma y ayudar a los demás.

Análisis del dilema

Por una parte, si le dona el piso a su hija, estaría anteponiendo valores como la responsabilidad familiar, el amor que tiene hacia su hija, la responsabilidad afectiva y la sensibilidad emocional a valores como la justicia social, el respeto y el cuidado hacia personas con pocas alternativas, así como la empatía, que son los valores que se anteponen en la decisión de donar el piso a su vecina.

Solución

Esta decisión puede cambiar la vida tanto de Millán como de su hija, pero ¿y la de Elena? ¿Qué decisión es la correcta?

En primer lugar, si Millán decide donar su piso a su hija, ella sentirá una enorme gratitud hacia su padre y se lo agradecerá eternamente. Asimismo, Elena no se sentirá mal ni decepcionada por parte de Millán, ya que no espera nada de este y nunca tuvieron una gran relación. Pero ¿y Millán? Si no le da el piso a Elena, pudiendo hacerlo y habiéndoselo planteado, puede sentirse mal consigo mismo, ya que Elena, al no tener familia ni ahorros, no tendrá lugar al que ir si la echan de su piso. Cierto es que Millán no tiene por qué sentirse mal: que Elena se quede en la calle no es una cosa que dependa de él ni mucho menos culpa suya, aunque hubiera podido proporcionarle una vivienda.

También es verdad que Millán puede ayudar a Elena de otras formas. Puede, por ejemplo, llamar a servicios sociales planteando su caso y que le proporcionen una nueva vivienda. De esta manera, Millán se sentiría bien con sus acciones, Elena estaría muy agradecida por su ayuda y la hija de Millán, contenta con su piso y el dinero que se ahorra por no estar de alquiler.

Además, Millán y su hija podrían pagarle un piso de alquiler entre los dos a Elena como acto de buena voluntad, pero esto no es una buena opción. Millán no tiene la responsabilidad de cuidar y mantener a Elena: si se gasta la cantidad de dinero que necesita para vivir en un piso, podría quedarse sin ahorros futuros para la residencia. Está bien querer ser bondadoso, pero un vicio por exceso, como pagar una vivienda a tu vecina, es insano para Millán e incluso para su hija. Así que esta opción quedaría totalmente descartada. Las personas buscamos ser buenos seres humanos, alcanzar la felicidad y tener virtudes, no vivir en los límites, en los vicios. Pagar un piso para Elena sería excesivo y le supondría una gran carga a Millán y a su hija.

Por otra parte, si Millán le dona el piso a Elena en lugar de a su hija, sentiría que la está traicionando, ya que es su propia hija. Además, la hija de Millán se sentiría triste y decepcionada. Es verdad que Elena estaría muy agradecida y podría acoger a la hija de Millán en forma de gratitud. De esta manera, la hija no tendría que pagar alquiler, aunque ese sentimiento de tristeza seguiría teniéndolo. Asimismo, Millán estaría enseñándole a su hija valores como la justicia social: ella tendría que entender la decisión que ha tomado su padre.

Otra opción similar sería dejarle el piso a Elena pero a nombre de su hija, de manera que cuando Elena fallezca pasará a ser de la hija de Millán. O también dejarle el piso a Elena con la condición de que lo heredará su hija. Pero estas opciones son más

arriesgadas, ya que Elena puede volverse avariciosa y quedarse con el piso para ella cuando Millán fallezca. Incluso puede endeudarse y que le vuelvan a quitar el piso, de tal manera que no se lo quede la hija de Millán en el futuro. Por lo tanto, valorando las posibles consecuencias, no es una buena opción. Si se arriesga a dejarle el piso a Elena, es probable que no lo herede la hija de Millán.

Otra opción sería dejarle el piso a su hija y, con el dinero que esta se ahorra, ayudar a las organizaciones benéficas, buscando satisfacer el sentimiento de no haber ayudado a Elena y ser la mejor versión de sí mismo: un buen ser humano. Esta sería una buena opción.

También podría ayudar a Elena pagando la diferencia de alquiler desde su subida solamente, con parte del dinero que se está ahorrando la hija de Millán. Pero, como ya he mencionado, Elena podría volver a perder el piso aún con las ayudas de Millán. Asimismo, no es responsabilidad de Millán donar dinero a Elena. Por lo tanto, no es una buena opción.

En todas las opciones entran en juego valores muy importantes y depende de cada persona tomar unas decisiones u otras. Si yo estuviese en tal situación, le donaría el piso a mi hija y ayudaría a Elena, llamando primero a servicios sociales para buscar ayudas externas y profesionales. O luego, si esto no funciona, la ayudaría económicamente con el alquiler de su propio piso.

En el caso de que no me lo pudiese permitir, le pediría a mi hija que la acogiese en el piso hasta encontrar otra solución que Elena se pueda permitir. Tampoco me sentiría tan mal conmigo misma si no consigo ayudar a Elena como si dejo de lado a mi propia hija por los valores, consecuencias y responsabilidades que conlleva, tal y como se ha reflexionado.

En conclusión, Millán debe anteponer a la familia y donar el piso a su hija, ya que es una opción que implica valores morales superiores y con más carga emocional. No obstante, debe ayudar a Elena como pueda, incluso donar a la caridad para sentirse bien consigo mismo, alcanzar la felicidad y ser la mejor versión de sí mismo: una buena persona.

MIGUEL NAVALMORAL ORTIZ

*IES Cervantes**Posibles alternativas*

- OPCIÓN 1. Millán se decanta por el afecto que siente hacia su hija y le dona el piso.
- OPCIÓN 2. Millán entrega el piso a su vecina, que está en una situación mucho peor y lo necesita más.
- OPCIÓN 3. Millán ayuda económicamente a Elena donando el dinero que le falte para pagar el piso, pero sin cederle el suyo.

Argumentos a favor y en contra de cada alternativa

- OPCIÓN 1. Concede mayor importancia a los propios problemas, considerando que entregar dinero no es una obligación moral. Por ello, Millán no debería sentir ningún remordimiento si permite que Elena se quede en la calle, ya que casi nada le une a ella. Además, provocar el desahucio por inacción puede no ser tan grave como causarlo activamente.
- OPCIÓN 2. Es una visión más utilitarista, ya que con la misma suma de dinero, en vez de apoyar a una persona con pocos problemas económicos, se puede prestar una ayuda esencial a otra mucho más necesitada. Esta opción supone, también, que sentir afecto por alguien no es motivo para obrar de forma diferente.
- OPCIÓN 3. Es un híbrido entre las dos anteriores. Considera los principios utilitaristas, pero valora las necesidades propias sobre las de los demás.

Valores éticos en juego

- La solidaridad, es decir, la ayuda al prójimo.
- La autonomía, ya que Millán es libre de hacer lo que le parezca mejor.
- El afecto por su hija, que incita a Millán a buscar su bienestar por encima del de otras personas.
- El sentido del deber, un impulso que nos empuja a hacer lo que creemos correcto según nuestros principios morales, y que puede acarrear sentimientos de culpa y remordimiento.
- La empatía, que implica ponerse en el lugar de otros y tener en cuenta sus necesidades y emociones.

Solución del dilema

Para llegar a una solución razonada, tenemos que establecer una jerarquía entre los valores éticos mencionados. En primer lugar, la autonomía parece el más importante; sin embargo, existen casos en los que consideramos que la ética está por encima de la libertad individual, como es el caso de la ley, y que la autoridad puede restringirla buscando el interés general. En este dilema, el utilitarismo nos indica que debemos intentar crear el mayor bien posible, por lo que la empatía y la solidaridad son fundamentales. Este principio está ligado al sentido del deber y deja el afecto en un segundo plano.

El problema de Millán consiste en que el favoritismo por su hija lo lleva a anteponer sus necesidades a las ajenas. Sin embargo, hay casos en los que el favoritismo se encuentra incluso prohibido. Este es el caso de la justicia: en un tribunal, siempre se juzga la falta cometida, sin tener en cuenta quién es el delincuente, para decidir lo que se considera ético. Por lo tanto, tampoco es correcto aquí tratar a la hija de forma diferente, solo por tener una relación más cercana con ella.

No obstante, Elena no puede aprovecharse de la solidaridad de Millán y también debe hacer un esfuerzo por mejorar su situación: por ejemplo, buscando un trabajo mejor. Si generalizamos el problema, nos damos cuenta de que, si nuestro bienestar solo dependiera del esfuerzo de otros y todos destinaran todo el dinero posible para ayudar a los demás, aquellos que consigan una buena vida por mérito propio estarían manteniendo injustamente a gente que puede no sacrificarse por el bien común.

Así, es correcto donar dinero a una buena causa, pero también hay que recalcar la importancia del esfuerzo individual. Por ejemplo, Millán puede dar a Elena el dinero que le falte para pagar su alquiler, pero dejando a su hija su propio piso, o bien contactar con servicios sociales para no tener que contribuir económicamente él solo, sino que también se pueda beneficiar de fondos públicos.

EVA LÓPEZ ARIAS

IES María Rodrigo

En este dilema se nos plantea una situación en la que Millán, una persona de edad avanzada, acudirá permanentemente a una residencia para mayores y donará su actual piso. Su primer pensamiento sobre el destinatario es su hija, quien vive de alquiler y apreciaría el ahorro de ese dinero. Sin embargo, se entera de que su vecina será desahuciada, y ella no cuenta con familia ni demasiados ahorros.

Ante la división de la voluntad de Millán, se plantean varias soluciones para resolver este dilema.

La primera opción sería que el piso sea donado a su hija. Siendo familia directa es razonable que Millán quiera apoyarla y ayudarla entregándole algo tan valioso como un piso. Su hija estaría muy agradecida y su estado económico mejoraría, permitiéndole ahorrarse ese dinero. En cambio, la vecina será desahuciada y, teniendo en cuenta su situación, es complicado que lograse tener un estilo de vida sano. Millán se vería afectado moralmente.

Una segunda opción sería que el piso lo recibiera la vecina. Gracias a esto, ella no tendría que enfrentarse a una horrible situación de no contar con un techo bajo el que vivir. Al no contar con ayuda de ningún familiar, Millán sería su único apoyo. Por otro lado, su hija tendría que continuar con su alquiler sin haber recibido ayuda de su padre, lo cual podría distanciarlos.

Una tercera opción sería que entregara el piso a su hija con la condición de que su vecina viviera con ella. Viviendo las dos en el piso, la situación de ambas mejoraría. En cambio, podría haber problemas de convivencia ya que no se conocen entre ellas.

Como cuarta solución, el piso podría ser entregado a su hija y Millán podría trasladarse a la residencia junto con su vecina. De esta forma ayudaría a ambos y él estaría bien cuidado. Sin embargo, económicamente podría suponer un peso para Millán tener que parar por ella también.

Los valores destacados en este dilema son el de la familia, la empatía, la responsabilidad y el deber, la salud y el sentimiento de culpa. Como primer valor tenemos el de la familia. Es el más importante ya que implica velar y cuidar a quienes siempre nos apoyan. En el caso de Millán, estamos hablando de un padre que quiere lo mejor para su hija y eso es primordial. A continuación, se presenta el de la responsabilidad y el deber. Para que las cosas funcionen tiene que haber un orden, en este caso social. Para ello todos deberíamos cumplir con nuestras responsabilidades. En tercer lugar, el valor de la empatía. Para mantener ese orden, es esencia que ayudemos al prójimo y

velemos por él. De esta manera damos a todo el mundo oportunidades y construimos una sociedad justa y equitativa.

La salud es otro valor crucial. Millán es una persona con una salud que ha empeorado. La decisión que tome puede afectarle, por ello es necesario que sea adecuada. Los cuidados también implican el cuidado de uno mismo. Por último, el de la culpa. Es un valor importante, sin embargo, si todos los valores mencionados se cumplen, no tiene por qué aparecer y afectar a Millán.

A continuación, se plantea la solución final del dilema. En esta complicada situación considero que la solución más conveniente es la cuarta. El piso sería donado a su hija. Por otro lado, Millán pagaría su estancia en la residencia, además de la de su vecina y vivirían juntos allí.

Tanto la primera como la segunda solución no cumplen con todos los valores mencionados además de implicar una decisión ética complicada para Millán. La tercera solución podría ser efectiva a corto plazo. Por el contrario, hay demasiados factores que estarían afectados como el bienestar de la vecina y la hija y la necesidad de libertad e independencia de esta.

Por ende, esta sería la solución óptima. La definición de cuidados está aplicada. La solución cumple con el imperativo categórico de Kant y con el pensamiento del mayor bien para la mayoría de Stuart Mill, desde una perspectiva utilitarista.

El imperativo categórico de Kant establece que las personas debemos actuar acorde con principios que puedan convertirse en una ley universal y que las personas deben ser tratadas con fines en sí mismos y no como medios. En este caso, al ayudar tanto a su hija como a su vecina, Millán lo estaría cumpliendo y confirmaría que el trato de una persona no recae únicamente en sí mismo sino también en los demás. La vecina de Millán no cuenta con ayuda familiar y tiene recursos limitados. Millán estaría cumpliendo con esa responsabilidad del cuidado de los otros.

La otra gran consideración es el cumplimiento del mayor bien para la mayoría de Mill, que es el bienestar general como prioridad. La hija de Millán estaría obteniendo ayuda de su padre para su desarrollo personal. La vecina contaría también con su apoyo. Como aparentemente puede permitírselo, Millán le concedería la estancia en la residencia. Si no, siempre puede pedir algo de ayuda a su hija, a la que ha ayudado y quien no dudaría en hacerlo de vuelta.

Como conclusión, me gustaría recalcar que el bienestar moral recae en el cumplimiento del deber. El cuidado hacía uno mismo, hacia otros y hacia el medio ambiente son necesarios y no deben recaer en una sola persona, son una responsabilidad social.

EDURNE LÓPEZ FRANCO

IES Gran Capitán

Millán, se encuentra en una situación compleja. Su médico le ha recomendado trasladarse permanentemente a una residencia. Por ello, tenía pensado donarle el piso a su hija para que ahorre el dinero del alquiler, pero en el último momento duda de su decisión ya que a su vecina de toda la vida, Elena, la van a desahuciar.

Tiene varias opciones, he escogido tres:

La primera opción sería proporcionarle el piso a Elena ya que es posible que sea su única opción por su capacidad económica. Además de esta manera no recaería sobre sus hombros el resto de su vida el hecho de que, posiblemente, ocurra algo malo con su vecina ya que, al fin y al cabo no tiene a donde ir. También, se sentiría bien consigo mismo por ayudar a una conocida y puede que, en un futuro llegue a beneficiarse por ello, ya sea por crear un nuevo vínculo o por recibir algo a cambio.

La segunda opción es proporcionarle el piso a su hija, ya que le ayudaría tanto en el presente, por ahorrarse el alquiler, como en un futuro por ahorrar o invertir ese dinero. El hecho de que sea su hija es esencial ya que solo por eso podría decantarse, como es obvio, por esta opción.

La tercera y última opción, sería combinar ambas para llevar a un beneficio mayor por ambas partes, es decir, proporcionar el piso a su vecina y a ser posible, entregarle dinero mensualmente a su hija para pagar el alquiler ya que, además, su pensión es generosa. De esta manera, ambas saldrían beneficiadas, además de que Elena podría seguir viviendo en el edificio, la hija de Millán, podría ahorrar para un futuro o podría vivir mejor actualmente. También, Millán se sentiría mejor consigo mismo por haber ayudado al máximo número de personas.

En este dilema, entran en juego valores como la generosidad, la empatía, el vínculo emocional y familiar, la justicia y el cuidado.

Desde mi punto de vista, aunque la familia es lo más importante (no lo es para todo el mundo ya que hay distintos conceptos de familia, no necesariamente el genético), su vecina y su hija no están en la misma situación. Su hija no tiene deudas financieras extremas, en cambio, Elena sí, por lo que en este caso la generosidad y empatía tienen prioridad por encima del vínculo familiar.

Este dilema es de gran complejidad y la responsabilidad de Millán juega un papel fundamental ya que su decisión marcará la diferencia. En su mano reside, de un modo u otro, el futuro de su vecina que, sin familiares y apenas ahorros, no puede permitirse ni una residencia ni un alquiler.

Para resolverlo, me voy a apoyar en las teorías éticas de Kant, Aristóteles y los utilitaristas.

Si estuviera en el lugar de Millán, me preguntaría qué me gustaría que se convirtiera en ley universal, y respondería que ayudar a una persona que depende, con casi toda seguridad de mí.

También podría plantearme, por otro lado, que el hecho de ayudar a mi hija se convierta en ley universal, que creo que es de vital importancia pero que depende de diversos factores como la relación o la falta de esta que tengan ambos. En este caso, al no ser yo madre, no puedo saber con certeza lo que haría en su lugar, pero puedo imaginar que ayudaría incondicionalmente a mi hija.

Otro punto a tener en cuenta, es que en la vida hay más de una o de dos opciones (siempre que la libertad esté presente) y que no todo es blanco o negro, hay grises. Estos suelen ser la mejor opción ya que los extremos nunca o prácticamente nunca son buenos, por lo que optaría por un término medio, en este caso, la tercera opción. Esta es combinar la primera y la última, es decir, proporcionar el piso a mi vecina y darle dinero a mi hija.

En este dilema, la postura utilitarista es muy interesante, ya que entran en juego la felicidad y el bienestar de varias personas. mediante el pensamiento utilitarista podemos determinar con qué opción se benefician la mayoría de personas, en este caso, la tercera.

Podríamos pensar que el hecho de no tener una estrecha relación con ella, podría condicionarnos notablemente al tomar esa decisión, es decir, a entregarle el piso a mi hija, lo cual es verdad pero en esta situación sentiría que, pensar así es ser un poco frívolo ya que una persona necesita mi ayuda.

Por todo lo anterior, concluyo que la opción por la que finalmente me decantaría, sería la tercera y última, proporcionar el piso a mi vecina y entregarle mensualmente dinero para el alquiler a mi hija.

Además, siento que en los últimos años estamos perdiendo el sentimiento de comunidad que nos acompaña desde, probablemente, el principio de los tiempos y que caracteriza al ser humano, un ser sociable. Debemos cuidar a nuestros vecinos sin descuidar, por supuesto, a nuestra familia, para muchos, pilar de la vida, ya que ayudarnos unos a otros es en muchos casos, nuestra salvación.

MIRIAM GARRIDO CRIADO

IES Miguel Hernández

Millán podría marcharse y dejarle el piso a su hija o a Elena, aunque también podría dejar que compartan piso.

Si le dejase el piso a su hija mejoraría su bienestar, pero dejaría a Elena en situación de calle. En cambio, si se lo dejase a Elena, ella tendría un hogar, a pesar de que su hija tuviese que seguir viviendo de alquiler.

En el caso de que se lo dejase a su hija, Millán estaría anteponiendo una mejora en su vivienda y le estaría dando un poco de paz a su economía. Estaría considerando el afecto que le tiene mayor que la necesidad de cuidar a su vecina, quien se quedaría en una situación horrible y no tendría a donde ir.

Por otro lado, si se lo da a Elena, aseguraría que estuviese bien, teniendo un techo, y, de alguna manera, algo de apoyo, aunque dejase a su hija en su situación actual, que aunque no vive del todo bien si podría sobrevivir. Observamos que la justicia y su seguridad se ponen por encima de los lazos familiares y afectivos establecidos con la hija.

Personalmente, le daría el piso a Elena, puesto que es una persona mayor y sin recursos y la estaría dejando en la calle teniendo la posibilidad de ayudarla y evitar esto. Si no lo hiciese, la dejaría en una situación terrible, sin tener la certeza de si va a ser capaz de recuperarse o que le pasaría mientras está ahí, puesto que podría enfermar, no tener comida, agua, etc.

Si le doy el piso a mi hija estaría consintiendo que lo anterior sucediese, priorizando mejorar su situación, que, bajo mi punto de vista, es mejor que la de Elena. También tengo en cuenta y asumo que mi relación con ella podría cambiar o hasta perderla, dependiendo de lo materialista y egoísta que sea, y, a pesar de que es mi hija y le tengo mucho cariño, no considero que sea razón suficiente para abandonar a su suerte a alguien en la situación de Elena.

De dejarle el piso a mi hija, tendría que lidiar con una carga de conciencia enorme, y no me veo capaz de hacerlo, también porque empatizo con su situación y a mí me gustaría que me ayudasen. Se ve reflejada aquí la ley de oro, que dice: “no hagas a otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti”.

Asimismo, se ven vulnerados los Derechos humanos, que dictan que todo el mundo debería de poseer una casa y una situación de vida dignas.

Esto no siempre se cumple, basta con salir a la calle para verlo. Miles de personas se encuentran en situaciones de vida deleznable, viviendo con el dinero al contado

y rezando por no contraer una enfermedad que empeore todo, que les roben y que alguien con buen corazón les done, entre otras cosas.

Ver esta situación me entristece, pero no más que ver que se mantiene y que se ha normalizado el que exista, como dice Susan Sotang, quien afirma que el ver situaciones así a diario hace que nuestra percepción de las mismas se altere y ya no las veamos como amenaza o algo malo, sino algo normal y aceptado por la sociedad. Es algo que está ahí, pero como no me afecta directamente a mí o a alguien de mi entorno o a quien tenga afecto no me molesta o me perturba, viéndose ahí reflejado el egoísmo entre el que vivimos y la falta de empatía que vivimos.

Existen ONG y movimientos que tienen como objetivo cambiar esto, pero por el egoísmo anteriormente mencionado, nada cambia y no son apoyados, cayendo en el olvido y el fracaso.

También puede verse afectada esta falta de ayuda por el “por si acaso me hace falta algún día a mí”, que hace que ahorremos o no ayudemos para asegurarnos de que podríamos salvarnos en caso de que nos afecte o que seamos nosotros los que están así.

Dicho lo cual, no podría dejar a una persona de esas características en una situación como esa, puesto que, a mi ver, la viviría mucho peor que los demás, y aunque no fuese así, no me veo con las cualidades necesarias para sentenciar a esto a cualquier persona. Es algo que no debería de existir, y, como ya dije, no estoy a favor de dejar a alguien de esa forma.

En definitiva, le daría el piso a Elena, debido a que considero que se encuentra en una situación mucho peor que mi hija y pienso que es mejor asegurar su bienestar y salud antes que mejorar el estado de mi hija, que aunque no sea perfecta ni la mejor, sí es superior a la de Elena, priorizando así su cuidado y seguridad a los lazos que tengo con mi hija.

YAIZA RUIZ ABELLÁN

IES El Burgo de las Rozas

Como posibles alternativas ante este dilema, se encuentra la opción de decidir donar el piso a su hija enfrentada a la de donarlo a su vecina, que ahora mismo se encuentra en una situación desesperada. Sin embargo, también existe la posibilidad de vender el piso y repartir el dinero ganado entre su hija, para que pueda sentirse menos ahogada con el alquiler y su vecina, para poder ayudarla financieramente y evitar que la desahucien por lo menos durante unos meses más.

Como argumentos a favor de que Millán done el piso a su hija:

Hay que tener en cuenta que su hija vive de alquiler, que no es precisamente un privilegio. No tener la estabilidad económica suficiente para permitirse una vivienda la hace depender directamente de terceros para tener un techo bajo el que dormir. Donando su piso, Millán le está dando la seguridad a su hija de un hogar al que acudir tras un largo día sin tener que preocuparse por el precio del alquiler. Es oportuno remarcar el hecho de que es su hija, persona a la que Millán vio crecer y con la que ha establecido un vínculo tan único como es el vínculo padre e hija. Por el contrario, Millán solo conoce a Elena por vivir al lado y no han establecido ningún vínculo más que el de buenos vecinos. Millán ni siquiera conoce a Elena personalmente y no ha profundizado con ella ningún tipo de relación, al contrario que con su hija. ¿Podría ser Elena una mala persona? ¿Podría no merecer ningún tipo de ayuda debido a sus actos? Eso Millán no lo sabe por la relación tan superficial que ha mantenido con ella. Sin embargo, también puede ocurrir que donando el piso a su hija, ella se entere de la situación de su vecina Elena y ella misma sienta remordimiento y culpa por haber aceptado ese piso cuando, aunque no totalmente desahogada, podía vivir perfectamente de alquiler mientras que Elena posiblemente acabe en la calle debido a su escaso apoyo tanto económico como familiar.

Como argumentos a favor de que el piso se ha donado a Elena:

Elena está claramente en apuros y se encuentra completamente sola. Necesita ayuda, y Millán puede proporcionársela. Según el imperativo categórico de Kant, debemos actuar pensando siempre de manera universal en cómo sería el mundo si todos hiciéramos lo que tú estás haciendo. Si Millán se encontrase en apuros, también agradecería que alguien lo ayudase de una forma tan significativa y de manera tan desinteresada ya que can también reforzaba su idea de actuar pensando en la gente como fines en sí mismos y no como medios. Estaría haciéndolo correcto ayudando a Elena ya que estaría realizando una acción caritativa.

Pese a que Millán y Elena no tienen un vínculo real tal vez este sería el primer paso no solo para formar un vínculo entre ambos sino también para mostrarle a Elena que no está sola y que merece ser cuidada. Como contraargumento podría declarar que Elena al notar el conflicto de Millán entre ella y su hija podría sentirse dolida y podría sentir que en realidad ella es un acto de caridad para Millán manchando su orgullo y dignidad.

Como argumentos a favor de vender el piso:

Vendiendo el piso Millán podría ayudar tanto a su hija como Elena repartiendo ambas una cantidad de dinero que a su hija le permitiría ahorrar y a Elena mantenerse en el piso.

No obstante, considero inviable esta alternativa debido a que el dinero termina gastándose mientras que una vivienda es permanente.

Como valores principales que encuentro importantes a tener en cuenta son: la empatía, la justicia y la lealtad.

Estableciendo la empatía como primera en mi jerarquía de valores estoy resaltando la importancia de este valor para los seres humanos. El imperativo categórico de Kant que ya he mencionado previamente se basa en la empatía. Los logros que hemos conseguido como sociedad la igualdad que estamos logrando y las ayudas a países más necesitados que estamos brindando es debido a la empatía. De no ser por este valor viviríamos todos los países en guerra y las democracias serían impensables mucho menos la paz.

A la empatía le sigue la justicia algo si no tan importante como la empatía acercándose a ella. La justicia es lo que nos ha permitido ser coherentes racionales y no cometer crímenes que posteriormente pueden volverse en nuestra contra. Y por último, aunque no por ello menos importante coloco a la lealtad. ¿Lealtad a qué exactamente? A tus ideales a tus principios. La lealtad a nosotros mismos es lo que nos mantiene cuerdos y hace que hagamos lo correcto. También lealtad hacia las personas que se merecen esa atención de tu parte. Sin lealtad las amistades y los vínculos no existirían y nos quedaríamos completamente solos cosa que se ha demostrado inviable para un ser humano.

Como solución ante este dilema Millán deberían de donar el piso a Elena bajo la condición de que siempre que su hija lo necesite pueda acudir a esta vivienda sin que ninguna de las dos tenga que abandonar el inmueble.

Considero que es moral ya que, aunque Elena sea una persona prácticamente desconocida, necesita ayuda. La están echando en contra de su voluntad y no tiene a donde ir. Teniendo en tu poder un piso que no necesitas y sabiendo que una conocida subsiste a duras penas, ¿tendrías la conciencia tranquila abandonando a esa

persona cuya vida es tan importante como la tuya? ¿Dormirías tranquilo sabiendo que esa persona está en la calle? Como ya he mencionado antes, según el imperativo categórico de Kant debemos de tratar a los demás como nos gustaría ser tratados, viendo a la gente como fines en sí mismos y no como a meros medios. Debemos de pensar en qué sería del mundo si todo lo que uno hiciese fuera imitado por los demás. Introduciendo estos principios, es más que evidente que frente a una persona que necesita ayuda, nuestro deber es ayudar. No por obligación, sino porque de no ser así nosotros mismos, debido a nuestro sentido de la justicia, sentiríamos remordimiento al ignorar esa pedida de ayuda. Elena está en una situación necesitada y Millán tiene la llave para liberarla y “apagar” esos gritos de auxilio.

Respecto a su hija, considero que ella creará justa la donación tras obtener conocimientos sobre la situación de Elena. Aunque ella también vive de alquiler no se encuentra en una situación tan apurada como la de la vecina de su padre. Además, en caso de que ella necesite también ayuda podrá recurrir a esta vivienda.

Puede que Elena al principio rechace que Millán done su piso debido a la vergüenza que debe sentir de necesitar ayuda. Sin embargo, considero que se dará cuenta, sobre todo al no tener familia, de que la empatía existe y que ella como humana merece ser cuidada

CATEGORÍA DE FOTOGRAFÍA

PRIMER PREMIO: LORETO PÉREZ ABAD

Fontenebro International School

¿Es posible reparar lo que no ha sido cuidado?



SEGUNDO PREMIO: CLAUDIA MATEOS CARRASCO

IES Rafael Frühbeck de Burgos



TERCER PREMIO: VÍCTOR ORTEGA MIMBRERO

IES Humanejos



CATEGORÍA DE VÍDEO

PRIMER PREMIO

PABLO MONBLÁN CALVO, GABRIEL LANCHAS SANCHÍS Y HUGO DELGADO
SAMANIEGO

Colegio Quercus

Título: *Burbujas*



Enlace: <https://youtu.be/YtUxUZU8Ri0>.

SEGUNDO PREMIO
ASH RODRÍGUEZ RAMÍREZ Y MARSHALL GONZÁLEZ GONÇALES
IES María Zambrano

Título: *Guía sobre como cuidar de un bicho – ¿Quién cuida de los cuidadores?*

GUÍA SOBRE CÓMO CUIDAR DE UN BICHO ¿QUIÉN CUIDA DE LOS CUIDADORES?

Enlace: https://youtu.be/ZbRU22L_BHg

TERCER PREMIO
PATRICIO JIMÉNEZ TORREJÓN, VIOLETA FRAILE ARROYO
Y CRISTAL SOSA LÓPEZ

IES Ortega y Gasset

Título: *Lo que se hunde, lo que flota*

lo que se hunde, lo que flota

Enlace: <https://youtu.be/qD7ea1uJMcc>



Sociedad Española de Profesorado y Plataforma de Filosofía

EN COLABORACION CON

Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid